

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
El IMPERIO
MILENARIO
GEORGE H. WHITE.

CAPITULO PRIMERO.

Tras el frente de cristal de su escafandra de vaco, el bello rostro del Almirante Polaris empalideci. Sus grandes e inteligentes ojos, negros como el mismo abismo espacial donde sus bravos soldados eran barridos por los torpedos nahumitas, se apartaron de la pantalla televisora para clavarse en el grupo de silenciosas ayudantes.

-Transmitan orden de retirada -murmur. Y su propia voz, sonando dentro de la voluminosa escafandra de diamantina, se le antoj extraa a ella misma.

Las ayudantes cambiaron entre si una mirada de dolor. Nadie pronunci la palabra humillante: "DERROTADOS". Pero an as estaba en el nimo de todos. La vicealmirante Ferrara, se encamin lentamente hacia la fila de radiotelegrafistas para transmitir la orden.

A la derecha de la Almirante Mayor, la mujer comandante del buque esperaba en silencio. Irene Polaris se dirigi a ella:

-Vire en redondo, Anabella. Regresamos al autoplaneta.

-A la orden, almirante.

Irene Polaris volvi sus ojos a la gran pantalla televisora. All, las imgenes aparecan muy borrosas. Irene se dio cuenta de pronto de que estaba llorando. Era la primera vez que lo hacia en los ltimos sesenta aos, y su propio llanto la asust.

Furiosa consigo misma, intent retener acuellas lgrimas inoportunas. Era la Almirante Mayor, la "Superalmirante" del autoplaneta "Valera" a la vez que Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrcolas. Qu pensaran de ella sus soldados si supieran que su jefe supremo recurra a las lgrimas en el momento en que las Fuerzas Expedicionarias encajaban el mayor revs de su largo historial guerrero?

Irene Polaris, que en aquel momento no poda sonarse por impedrselo la escafandra, recogi con el extremo de la lengua las lgrimas que le rodaban por las tersas mejillas hasta la comisura de sus rojos labios.

Las lgrimas le supieron a amargo. Eran amargas en verdad, porque amargo era el trance por el que atravesaba Irene.

Cuarenta y siete aos atrs, cuando el autoplaneta "Valera" lleg a la galaxia nahumita, el entonces Almirante Mayor de las Fuerzas Expedicionarias Terrcolas se encontr con la sorpresa de que el Imperio de Nahum haba resurgido ms pujante, ms fuerte y ms cruel de lo que haba sido antes de que Miguel ngel Aznar lo derrotara por dos veces consecutivas, hacia de ello alrededor de unos dos mil quinientos aos.

El cuerpo Expedicionario Terrcola que tenia por base al fabuloso autoplaneta "Valera", atac al Imperio de Nahum. Pero los nahumitas, que durante los 2.500 aos transcurridos haban perfeccionado incesantemente su Armada Sideral, tenan ms buques y ms torpedos atmicos que la Armada Sideral Terrcola, y stos eran tambin de una calidad superior al material terrestre.

A los pocos das de haber llegado a Nahum, el autoplaneta "Valera" haba tenido que retirarse con su flota diezmada, su provisin de proyectiles casi agotada y la moral de sus soldados hecha pedazos.

Como ocurra siempre que las cosas no sallan como se esperaba, los noventa millones de tripulantes de "Valera" y los altos jefes del Cuerpo Expedicionario buscaron en seguida un cabeza de turco a quien cargar con la responsabilidad del fracaso. La victima propiciatoria fue el almirante Bernardo Quesada, Comandante en Jefe del autoplaneta "Valera".

Como consecuencia de las luchas intestinas que se desarrollaron en el seno del propio Alto Estado Mayor, don Bernardo Quesada fue destituido de su cargo juntamente con otros altos jefes inmediatos. La almirante doa Irene Dumont fue llamada a sustituir a Quesada y con ello se dio satisfaccin a un deseo largamente acariciado por la poblacin femenina de "Valera" y las numerossimas mujeres encuadradas en las filas de la Armada Sideral y el Ejrcito Autmata expedicionarios.

Por primera vez en la historia de "Valera", una dama asumi el mando supremo del invencible autoplaneta y las fuerzas que tenan a ste por Base.

Nada pareca indicar en un principio que el mal llamado sexo "dbil" acabarla por acaparar todos los puestos de responsabilidad de las Fuerzas Expedicionarias. Sin embargo, esto fue precisamente lo que ocurri.

En los cuarenta y siete aos siguientes, mientras "Valera" proceda a un febril rearme lejos de Nahum, el elemento femenino no dej de conspirar ni un slo momento desplazando a los hombres tanto de los primeros cargos al frente del Ejrcito y la Armada, como en el mando de los buques, de los regimientos "robot" y en las divisiones acorazadas del Ejrcito.

Mucho antes que el autoplaneta estuviera en condiciones de volver al ataque contra las fuerzas del Imperio Milenario de Nahum, "Valera" se haba convertido en un autntico matriarcado y las mujeres regan por completo tanto la vida social como los destinos del autoplaneta y las poderosas Fuerzas Armadas que lo guarnecan.

La fundadora de aquel estado feminista, la almirante mayor doa Irene Dumont, falleci a consecuencias de un desgraciado accidente sin poder gozar de la victoria que se prometa sobre el Imperio Milenario

de Nahum, dos aos antes que el autoplaneta "Valera" diera por terminados sus belicosos preparativos y volviera a la carga contra los planetas nahumitas.

La almirante Irene Polaris sucedi a su madre en el mando supremo del autoplaneta y sus Fuerzas Expedicionarias a la edad de setenta aos, a pesar de considerrsele demasiado joven para ejercer un cargo de tanta responsabilidad.

Con esta sabia maniobra, las damas dejaron chasqueados a los varones que, rencorosos, esperaban ver a sus enemigas entablar una lucha entre si por la sucesin del mando. Irene Polaris se vio promovida a Almirante Mayor, ocup la vacante dejada por su madre y todo sigui igual a bordo del autoplaneta.

Dos aos despus "Valera" llegaba a la vista de Nahum y el Cuerpo Expedicionario se lanzaba al ataque con sus novsimas unidades de combate sideral. El resultado del encuentro con la Imperial Armada nahumita quedaba ahora a la vista.

La flamante Armada Sideral Terrcola, barrida del espacio por el feroz enemigo, se retiraba diezmada hacia su Base del autoplaneta "Valera" y habra de ocurrir un verdadero milagro para que al menos un centenar de miles de buques siderales, del milln redondo que sali a combatir, pudiera alcanzar el seguro refugio de "Valera" escapando as de la destruccin total que pareca inminente.

Todo esto estaba presente en el nimo de Irene Polaris al dar la penosa orden de retirada y contribua a hacer ms amargo su llanto. La derrota que el almirante Quesada haba sufrido cuarenta y siete aos atrs poda considerarse una victoria si se le comparaba con este desastre. Quesada, al menos, haba podido salvara la mitad de su medio milln de buques.

Irene Polaris, con unos efectivos siderales doblemente superiores en nmero y bastante mejorados respecto a los modelos de buque ms antiguos, no podra salvar quiz ni uno solo de sus aparatos.

La Armada Imperial de Nahum, despus de arrollar a la lnea de torpedos terrcolas, hacia llegar sus propios proyectiles hasta los buques siderales cristianos y los estaba destrozando en medio de una apocalptica hoguera atmica.

Todo el espacio, en cuanto alcanzaba la vista, se vela lleno del medroso chisporrotear de los proyectiles atmicos nahumitas y el fogonazo deslumbrador de los cruceros terrcolas que estallaban en fragmentos.

Si alguna esperanza quedaba de salvar algo del desastre, consista en huir hacia "Valera" e intentar alcanzar el seguro refugio del interior hueco del planetillo mientras las bateras de superficie mantenan a raya a los nahumitas.

Pero las probabilidades de conseguir esto eran muy remotas. Irene

Polaris comprenda demasiado tarde que se haba dejado coger en una trampa de la cual no iba a serle posible salir.

Exasperada por la falta de acometividad de los nahumitas, los cuales rehuan el combate en las proximidades de "Valera", Irene decidi salir en busca del enemigo para batirle en su propio terreno.

Cuando la Imperial Armada Nahumita se decidi a dar la cara lo hizo con una fuerza aproximadamente igual a la de Irene.

La Almirante Mayor calcul que a fuerzas iguales y a mayor acometividad propia, las probabilidades de aniquilar a los nahumitas eran razonablemente aceptables. Y atac.

Los nahumitas, inesperadamente, aceleraron y se lanzaron a la carga disparando por delante andanada tras andanada de torpedos "robot". La Flota Terrcola lanz tambin con todos sus tubos. Los torpedos de uno y otro bando se encontraron en mitad del espacio y comenzaron a luchar entre si, embistindose como jabales y llenando el cielo con el lvido relampaguear de sus explosiones atmicas.

En este momento qued al descubierto la neta superioridad tcnica de las armas nahumitas. Por alguna razn desconocida, quiz porque en el transcurso de dos milenios los nahumitas haban conseguido hacer ms pequeos y eficaces sus torpedos, la proporcin de sus proyectiles era siempre superior a todos los torpedos que los cruceros terrcolas podan lanzar de una sola vez.

Aniquilando barrera tras barrera de proyectiles terrcolas, los torpedos autmatas nahumitas fueron aproximndose a las filas de Irene Polaris hasta alcanzara los buques y la escena cambi en el espacio de unos breves minutos.

Ahora, a travs de la pantalla de televisin, Irene poda ver a sus flamantes cruceros siderales saltando en pedazos bajo el brutal impacto de los torpedos enemigos.

La Armada Expedicionaria Terrcola estaba virando en redondo y con esta maniobra precipitaba su propio y desastroso final.

Irene lo saba. Sabia que mientras sus fuerzas viraban y vencan la fuerza de inercia acelerando en direccin contraria a la que llevaron hasta entonces, los nahumitas acortaran en muchos miles de kilmetros la distancia que les separaba y alcanzaran a la Flota Terrcola a medio camino hacia "Valera".

Pero Irene slo intentaba salvar el mayor nmero posible de buques del desastre. Quiz algunos miles de cruceros pudieran escapar mientras los implacables torpedos nahumitas se cebaban en los rezagados.

Esto era sacrificar a varias decenas de miles de vidas por la salvacin de unos cientos de tripulantes, pero era lo nico que caba hacer en tan apurada situacin. La batalla estaba perdida sin remedio y los acontecimientos escapaban del control de Irene. Toda la Flota viraba y

hua en el mayor desorden. Nadie, ni siquiera alguno de aquellos legendarios Aznar que en otros tiempos mandaron el autoplaneta "Valera", habra sido capaz de evitar el aniquilamiento total de la Armada Expedicionaria Terrcola.

Una nueva oleada de torpedos "robot" alcanz "a la Flota Sideral Expedicionaria. Los torpedos giraban en torno a los buques terrcolas buscando sus puntos ms vulnerables para embestir all y hacer explosin.

Los cruceros terrcolas todava soltaban "paquetes" de torpedos autmatas que nada ms salir de los tubos se desparramaban y chisporroteaban recobrando su tamao natural antes de salir al encuentro de los proyectiles enemigos.

La voz de la almirante Rojas reson en el interior de la escafandra de Irene a travs de los auriculares:

-Es imposible que ni uno solo de nosotros llegue entero hasta el alcance de las bateras de "Valera".

-A qu distancia se encuentra el enemigo? -pregunt Irene con voz sin expresin.

Hubo una breve pausa mientras una de las ayudantes enfilaba el telmetro periscpico contra las fuerzas del enemigo.

-Dios mo! -se oy exclamar a la mujer que se aferraba a los mandos del periscopio -. Algo est ocurriendo en las filas nahumitas VEO estallar sus buques amillares! - Qu dice, Comandante? -exclam la almirante Rojas. -Es increble fantstico! -balbuce la joven. Y apartndose del periscopio exclam: - Vanlo ustedes!

La almirante Rojas se abalanz al periscopio. Peg el frente de cristal de su escafandra a la mirilla del instrumento ptico, lanz una exclamacin y orden:

-Conecte el telmetro a la pantalla, Comandante! La luz de la cabina, que era amarilla, se atenu volvindose roja. Todo el grupo, Irene Polaris incluida, fue a rodear una mesa bastante grande y baja que ocupaba el centro de la cmara de derrota del crucero almirante. Un cono de luz blanca brot del techo y se proyect sobre la superficie de la mesa.

Entonces todos pudieron ver lo que estaba ocurriendo. El espacio, en todo el sector que abarcaba el potente telmetro electrnico, estaba cruzado de millares de lneas de un color amarillo brillante, rgidas como barras de luz que se movan y cruzaban como espadas flamgeras asaeteando a la vanguardia de la Armada Imperial de Nahum.

Y aunque la presencia de aquellas lanzas luminosas ya era extraa de por si (el rayo de luz era invisible en el espacio mientras no tropezaba con un cuerpo opaco) no era esto lo ms extraordinario. Las lanzas luminosas, al caer sobre los buques de la Armada Nahumita, los hacan estallar en un globo de fuego atmico cual era lo caracterstico cuando

las pilas nucleares que accionaban los motores de una nave espacial explotaban por cualquier causa.

El cielo todo se vela cubierto de estos cegadores y chisporroteantes globos atmicos. Veloces como centellas, las barras rgidas y delgadas como hilos saltaban de un buque a otro. Lo destruan y caan en una fraccin de segundo sobre el aparato inmediato.

-Dios mo! -exclam una de las Almirantes del Estado Mayor de Irene Polaris -. Qu nueva y terrible arma son esos hilos de luz? De dnde proceden?

Como respuesta a esta inquietante pregunta, la almirante Rojas sigui con el periscopio el camino de las misteriosas barras amarillas que parecan venir de algn punto del espacio situado en el flanco de la Armada Imperial de Nahum. Tras unos breves segundos de expectacin, mientras el objetivo del telmetro giraba unos cuantos grados que representaban muchos miles de kilmetros, los misteriosos aparatos que producan y lanzaban los rayos destructores entraron en el campo visual de los sorprendidos almirantes terrcolas.

Eran unas naves muy pequeas, demasiado pequeas para poder distinguir su forma. Serian quiz alrededor de un millar y cruzaban el espacio a tan tremenda velocidad que la almirante Rojas tuvo que empezar a mover de nuevo el periscopio, ahora en sentido opuesto, para poder seguir el raudo paso de aquella fantstica flotilla a travs del campo visual del aparato ptico.

-Rojas -llam Irene con voz enronquecida por la excitacin -. No puede acercar ms esas imgenes?

-El telmetro no est ajustado a su mximo potencial -contest la mujer -. Espere un momento

-La Almirante accion el dispositivo que ajustaba automticamente un juego de potentes lentes. En la breve espera, un torpedo nahumita alcanz al crucero almirante en la popa y explot con fuerza brutal. La aeronave salt como si hubiera chocado contra un muro. Algunas de las jefes del Alto Estado Mayor rodaron por el piso en tanto las dems se agarraban al borde de la mesa y a las barras de acero hincadas en el piso y el techo de la cabina.

Irene Polaris, que casi se haba olvidado por completo de la apurada situacin de su Flota Sideral durante unos segundos, volvi a sentir en la garganta una asfixiante sensacin de angustia.

-Miren miren eso! -Llam una de las mujeres sealando a la mesa -pantalla.

Irene mir como sus colegas. La imagen de los misteriosos aparatos era ahora mucho ms grande, aproximadamente del tamao de la palma de la mano. Aunque no de una manera muy perfecta, debido a que reflejaban la luz del sol, los terrcolas pudieron ver sus formas distintamente.

-Cielos! Qu es ESO? -exclam una voz.

Un crculo de voluminosas escafandras se inclinaron sobre la mesa. Lo que las terrcolas velan era a modo de unas herraduras casi circulares que llevaban una cabina en forma de huevo encajado en el hueco central.

Y eso era todo. Los aparatos, aparte su forma original y absurda no ofrecan otro particular que el ir impulsados por unas barras de luz que parecan salir de los extremos de cada herradura y prolongarse hacia atrs algunos miles de kilmetros en el espacio.

Al parecer los extraos blidos llevaban en la proa un juego de pequeos reflectores movibles que eran los productores de los misteriosos rayos aniquiladores.

Ni Irene Polaris ni sus ayudantes haban visto jams esta extraa forma de aeronave, ni cosa alguna que se pareciera a estos rayos de tan destructores efectos. La Almirante Mayor calcul que si los desconocidos aparatos -herradura hubieran sido cien veces ms numerosos, la formidable Armada Imperial de Nahum no hubiera durado ms que cuestin de minutos frente a este nuevo y agresivo contrincante.

Con todo y no pasar de un millar escaso, los aparatos - herradura atraan en este momento la atencin de una parte considerable de las fuerzas siderales nahumitas. Estas seguan lanzando aterradoras cantidades de torpedos, Pero todos los torpedos no iban dirigidos contra la Flota Expedicionarias Terrcola.

Los nahumitas estn distrayendo parte de sus fuerzas en hacer frente a los desconocidos -dijo una Almirante sealando a la gran pantalla de televisin.

Irene Polaris sinti que se reavivaba en su pecho la llama de una dbil esperanza. La Flota Terrcola estaba acelerando ya en direccin a "Valera". Si los nahumitas se resolvieran por hacer frente al nuevo agresor con la mayora de sus fuerzas, tal vez

Pero los nahumitas, aunque visiblemente afectados por la inoportuna intervencin de la misteriosa flotilla de herraduras-volantes, no cayeron en la torpeza de dedicar a sta toda su atencin. Lo que hicieron fue seguir en persecucin de los terrcolas, si bien que lanzando numerosas andanadas de torpedos contra el enemigo ms pequeo.

-Miren miren qu cosa ms maravillosa! -grit la almirante Rojas.

Lo maravilloso a los ojos de los astronautas terrcolas, era la forma de que las "herraduras-volantes" escapaban a la trayectoria de la nube de torpedos que les sala al encuentro.

Sin contener la marcha, a una velocidad endiablada, las extraas mquinas iban describiendo espirales que formaban a modo de un tirabuzn prolongado en direccin a la flota nahumita. Su agilidad era sorprendente. Increble la rapidez de sus maniobras.

-Esos aparatos no van tripulados por seres humanos. -Asegur una de las ayudantes de la Almirante Mayor - Ninguna persona de carne y hueso podra aguantar esos bruscos virajes sin quedar hecha pedazos.

El comentario no obtuvo contestacin. En este momento, otro torpedo pegaba contra el costado del buque almirante con fuerza brutal.

Asida a una de las barras de acero, Irene Polaris mir angustiada hacia la pantalla de televisin. Una nueva oleada de varias decenas de millones de torpedos acababa de alcanzar a la. Flota Terrcola. La mirada de los astronautas no distingua alrededor sus buques sino el enceguecedor parpadear de las continuas explosiones nucleares.

Envuelta en este chisporroteo amedrentador, la Armada Sideral Terrcola se bata en retirada acosada sin tregua por los enjambres de proyectiles enemigos, dejando atrs millares y millares de buques destrozados o lanzados a la deriva, con averas en los motores o el sistema de direccin.

El nmero de aparatos decreca con rapidez aterradora y cuantos ms buques quedaban fuera de combate mayor era la proporcin de torpedos "robot" con la que los supervivientes tenan que enfrentarse

Mientras tanto, a espaldas de la formacin nahumita, las diminutas "herraduras-volantes" pasaban y repasaban haciendo jugar sus mortferos dardos luminosos, incansables, agresivos y belicosos. No eran ms que un puado de moscas acosando a un rebao de ms de un milln de grandes y recios cruceros siderales, pero sus aguijones posean una fuerza penetrativa jams igualada hasta entonces por arma ofensiva conocida.

Con todo, tampoco las "herraduras-volantes" estaban saliendo muy bien libradas. Los nahumitas, alarmados sin duda por la terrible escabechina que los dardos luminosos estaban haciendo en su retaguardia, distrajeron una parte de sus fuerzas para lanzar una aterradora nube de torpedos "robot" contra la escuadrilla de "herraduras-volantes".

Los pequeos aparatos, aunque muy giles y veloces, no podan esquivar a todos los proyectiles que les perseguan o les sallan al encuentro controlados por sus propios "cerebros" electrnicos, porque huyendo de unos iban a meterse de lleno en mitad de otro enjambre que les andaba buscando con igual saa.

Sin embargo, las "herraduras-volantes" no trataron en ningn momento de ponerse a salvo, cosa esta que hubieran logrado fcilmente gracias a sus prodigiosas facultades de aceleracin. Las "herraduras-volantes", sucumbieron una tras otra a lo largo de veinte minutos de combate, se sacrificaron por la Flota Expedicionaria Terrcola atrayendo sobre si millones de torpedos que de otra forma habran ido dirigidos contra los maltrechos buques cristianos.

En este tiempo vital, lo que quedaba de la Flota Terrcola alcanz el seguro resguardo de las bateras de "Valera". Una densa nube de torpedos, disparados desde el planetillo, lleg en auxilio de la Flota parando el enjambre de proyectiles nahumitas que venia persiguindola.

Aturdida, con los nervios destrozados, Irene Polaris se vio de pronto volando en una extraa quietud hacia el autoplaneta "Valera" que se mostraba a sus ojos en forma de una brillante hoz. Detrs quedaban los torpedos de "Valera" riendo una furiosa batalla cuerpo a cuerpo contra los torpedos de la Armada Nahumita. A derecha, a izquierda, arriba y por debajo del buque almirante los restos de la flamante Armada Expedicionaria que unas horas atrs se hizo al ter animada de una fervorosa fe en la victoria.

-Bueno -suspir la almirante Rojas -. Nos hemos salvado. La escuadra nahumita no ser tan tonta que nos siga hasta el alcance de los torpedos de "Valera".

-Nos hemos salvado -replic Irene -. Cuntos?

-Cuntos, comandante Starck? -pregunt la almirante Rojas a una de las oficiales.

-Aproximadamente, unos ciento cincuenta mil buques -contest la mujer despus de consultar un contador electrnico.

-Ciento cincuenta mil de un milln! -exclam Irene. Y cruzando la cabina se dej caer desalentada en una de las butacas fijas al piso.

-Piense que habra podido ser mucho peor si esas "herraduras-volantes" no llegan a intervenir -apunt Rojas.

-Las "herraduras-volantes" -murmur Irene -. Qu fue de ellas?

-Los torpedos nahumitas dieron cuenta de todas -contest Rojas, que no se haba separado ni un momento del periscopio electrnico.

Irene asinti moviendo su escafandra y al momento volvi a olvidarse de los extraos aparatos que le haban permitido llegar con vida hasta el seguro refugio de "Valera". Lo que ahora atormentaba a la joven Almirante Mayor era el dolor de su derrota. Se pregunt cmo podra sobrevivir a la vergenza de este desastre, y dese que su buque hubiera sido una de las ochocientas cincuenta mil victimas y ella una cualquiera de los cinco millones de astronautas que muertos, moribundos o reducidos a fragmentos, erraban a estas horas por las fras y aterradoras soledades del vaco espacial entre los restos de sus destrozados aparatos.

-Hola, Almirante! Hola, Almirante! -son una voz metlica a travs de un altoparlante -. Aqu Cmara de Control Cmara de Control comunica con nave Almirante.

Como a travs de un colchn de plumas Irene Polaris oy distrada la voz del almirante Rojas, que contestaba a la llamada de "Valera":

-Hola, "Valera". Aqu, Rojas, a bordo de la nave Almirante.

-Atencin, Almirante. Un autoplaneta del tipo "D" se acerca por el lado del Sol -comunic el locutor de "Valera" -. El almirante mayor honorario de la Armada Sideral Confederada, don Miguel ngel Aznar, pide permiso para desembarcar en "Valera".

-COMO HA DICHO? -chill la almirante Rojas pegando un brinco de sorpresa.

Y el comunicante de la Cmara de Control del autoplaneta repiti:

-Don Miguel ngel Aznar, ex comandante en Jefe del autoplaneta "Valera", se encuentra aqu y pide permiso para desembarcar.

.

CAPITULO II.

.

"Valera", el legendario campen de las Fuerzas" Armadas Terrcolas, estaba a sus pies. Miguel ngel Aznar lo estaba viendo a travs de la pantalla de televisin del crucero, y no sabia en aquel momento qu era ms grande; si su emocin, su alegra o su impaciencia por pisar la tierra amiga de aquel viejo planetillo.

Un silencio profundo y expectante reinaba en la cmara de derrota, a pesar de encontrarse llena de gente.

Junto a Miguel ngel, el viejo "Superalmirante", su padre, se enjugaba una lgrima con el dorso de la mano. Tambin verta lgrimas incontenibles el general don Jos Luis Balmer. Y la emocin de este encuentro, en fin, se vela reflejada igualmente en los semblantes de doa Mercedes Aznar, la seora Estrella Balmer y la generala Mercedes Balmer.

Para estos personajes, la vista del autoplaneta hacia vibrar la fibra de sus recuerdos, porque todos ellos haban nacido y vivido en este pequeo mundo.

En el resto del grupo la emocin era tambin muy grande, aunque distinta.

Miguel ngel Aznar, por ejemplo, era la primera vez que vea con sus propios ojos al infatigable andarn de los espacios interestelares. El todava no haba nacido cuando "Valera" zarp del Reino del Sol con destino a los lejanos planetas de Nahum. Y en el mismo caso de Miguel ngel se encontraba su hermana Otis, su cuado Gerardo y su sobrino Miguel Otero, por no mencionar a la mayora de la tripulacin y los oficiales del crucero.

Sin embargo, todos conocan a "Valera".

Quin en el Orbe no habra odo hablar de este fantstico autoplaneta? Su nombre con sus gestas, llenaba muchas pginas de la Historia Universal. Sin la participacin de "Valera", muchos captulos de esta Historia no se habran llegado a escribir, o se hubieran escrito de

forma bien distinta.

Los viajes interplanetarios de "Valera", sus hazaas, sus conquistas, sus luchas y sus grandes tragedias, haban servido para llenar durante siglos millones de libros, a la vez que para argumentar una cantidad fabulosa de "films" que hicieron y seguan haciendo las delicias de innumerables generaciones.

"Valera" era nico. Como siempre estaba ocupado en empresas guerreras y andando de un lado a otro del Universo, sus viajes comprendan eternidades terrestres y sus ausencias duraban miles de aos.

As, mientras el planetillo estaba ausente, varias generaciones se sucedan en la Tierra, nacan, vivan y moran sin haber visto jams a "Valera" ni haberle conocido ms que de odas, a travs de los relatos escritos o de las numerosas pelculas que de l se conservaban.

Para estas generaciones, "Valera" era a modo de un ente mitolgico, tanto ms fabuloso cuanto mayor era el tiempo transcurrido desde su marcha. Y para Miguel ngel Aznar, "Valera" era algo ms que todo esto.

Porque desde su habilitacin como "orbimotor", "Valera" haba sido mandado siempre por un miembro de su familia, y si en la Historia de los mundos el apellido Aznar se vio eclipsado algunas veces por otros nombres que tambin dieron lustre y gloria a la civilizacin cristiana, la historia de "Valera", que tambin era un mundo al fin y al cabo, estaba fuertemente vinculado al apellido Aznar por los lazos de la tradicin y de la Historia.

Miguel ngel Aznar, nacido en la Tierra aos despus de la marcha de "Valera", haba sido uno de los millones de muchachos que desesperaba de poder asistir al regreso del autoplaneta, el cual poda tardar de dos mil a tres mil aos en volver. Pero la Providencia haba dispuesto que Miguel ngel no morira sin gozar la dicha de ver a "Valera" con sus propios ojos

-Hola, San Lorenzo! Hola, San Lorenzo! Aqu Orbimotor "VALERA". Me escuchan?

La voz del operador de radio de "Valera" arranc bruscamente a Miguel ngel de su esttica contemplacin. Desde la Smara de Control del planetillo, les daban las ltimas instrucciones para entrar en el interior de "Valera" por uno de los largos tubos de vaco. El esbelto crucero sideral baj la proa para enfilar el gigantesco orificio que acababa de aparecer en la polvorienta superficie del planetillo.

En el negro espacio, alrededor de "Valera", se vean varios millares de buques que esperaban su tumo para entrar en la Base. La victoriosa Armada Imperial de Nahum se haba retirado. Detrs del crucero "San Lorenzo", bastante rezagado, volaba el autoplaneta "Ascrea" del que acababan de despegarse los Aznar y sus amigos para desembarcar en "Valera".

El "Astrea" era un "disco -volante" de unos quince kilmetros de dimetro, uno de los mayores de su gnero.

El crucero "San Lorenzo" se introdujo en la esclusa tubular. Una slida compuerta se cerr tras el aparato y en la pantalla de televisin, que segua encendida, brill un resplandor rojo.

-Preprense, muchachos -dijo la generala Mercedes Balmer con voz donde retozaba la alegra y la emocin de su regreso al mundo donde haba nacido -. Cuando esa luz cambie a verde se abrir la compuerta del otro extremo del tubo y entraremos en el paraso valerano.

Siguieron unos largos minutos de silencio. El crucero se deslizaba con rapidez por el interior del tubo, a travs de la corteza del planetillo.

La luz roja cambi a verde y aunque todos podan imaginar perfectamente el espectculo que iba a ofrecerse a sus ojos, quedaron con el aliento en suspenso mirando sin parpadeara la gran pantalla de televisin.

La luz verde fue borrada bruscamente por la claridad diurna. Un paisaje de montaas cubiertas de exuberante bosque se mostr a los viajeros. Acababan de entrar en el mundo interior del planetillo; un mundo riente y lleno de encantos en el que no faltaba ninguno de los preciosos dones de la. Naturaleza, mares, tierras, montanas, lagos, ros, bosques, ciudades, sol, luz, vida

Mudo, ahogado por la emocin, Miguel ngel Aznar beba las imgenes llenas de colorido que se deslizaban por la pantalla. A su lado, el viejo "Superalmirante" y el general Balmer lloraban en silencio. Tambin lloraban las mujeres, incluso la madre de Miguel ngel que era terrcola y su hermana Otis, que jams haba pisado el suelo de este sorprendente mundo artificial.

Sobrevolaban un hermoso lago de verdes aguas. Lejos, semivelada por la tenue bruma producida por una evaporacin intensa, centelleaba como un ascua una populosa Urbe hecha enteramente de rascacielos de cristal.

Una autopista, ancha y recta como un huso, cruzaba el bosque en direccin a la ciudad. Por la carretera, como en cualquier otro camino del planeta Tierra, se deslizaban raudas filas de automviles.

Un fantstico puente de cristal saltaba audazmente sobre un profundo can en donde espumajeaba un riachuelo. Ms all se vela una playa de rubias arenas donde los baistas tomaban el sol y practicaban los deportes acuticos.

Aunque todava respiraba el aire acondicionado de la cabina del crucero sideral, Miguel ngel hinch sus pulmones creyendo percibir el aroma de los bosques de pinos o la brisa saturada de sal, de yodo y de algas de aquellos mares llevados a las entraas de "Valera" por la mano del hombre.

La voz del operador de radio de la Cmara de Control del autoplaneta volvi a interrumpir las reflexiones de Miguel ngel Aznar.

-Hola, "San Lorenzo"! Estn volando ustedes sobre el Mar Menor. La ciudad que tienen a estribor es San Marcos. A proa tienen la capital, pero est prohibido a las aeronaves volar sobre ella. Aterricen en la Base Area. Un automvil les estar esperando para conducirles hasta Nuevo Madrid.

A Miguel ngel, esta orden le pareci una grosera falta de atencin para con su padre. Por una vez al menos, y tratndose de la persona del viejo "Superalmirante", las autoridades de "Valera" podran haber permitido que el crucero, o alguna de sus chalupas, tomara tierra en la misma ciudad evitando as al viejo caudillo las molestias de un viaje de ms de cien kilmetros en automvil desde la Base Area a la capital.

Esto fue lo que pens el joven Almirante, si bien se abstuvo de hacer comentarios por no mortificar a su padre, el cual esperaba ser recibido en el antiguo autoplaneta de su mando con algunas muestras de afecto, ya que no con clamores de apoteosis.

El crucero "San Lorenzo" vol otros trescientos kilmetros y alcanz la Base Area. Esta apareca casi completamente vaca.

Construida para acomodar hasta doscientos cincuenta mil buques de combate, los dos o tres mil cruceros que estaban posados en ella eran como un puado de chinches en la inmensidad de un desierto de arena.

Siguiendo las instrucciones de la torre, el crucero sobrevol la dilatada llanura para aterrizar muy cerca de los pabellones de la administracin del campo. Miguel ngel se tranquiliz un tanto al ver desde el aire un batalln de la Legin con bandera y banda de msica que esperaba formado.

Casi haba estado temiendo que no saliera nadie a recibirles.

Al pie de la escalerilla del buque esperaba al Almirante Mayor Honorario una dama vestida con la casaca roja y el ceido calzn azul de las Fuerzas Siderales, la cual ostentaba las insignias de Almirante.

Esta mujer y otra media docena de seoras uniformadas que estaban esperando saludaron marcialmente en tanto la banda atacaba una marcha y las fuerzas legionarias presentaban armas.

-Bienvenidos al autoplaneta "Valera", Almirante -dijo la mujer.

El viejo Almirante Mayor, muy emocionado, estrech la mano de la Almirante que se presentaba a si misma con el nombre de Isabel Montana. Luego salud igualmente a la comisin que haba salido a recibirle, y present a su hijo y al resto de la familia.

La almirante Montana invit al Almirante Mayor Honorario a revisar las tropas que le rendan honores. Miguel ngel observ que se trataba de un batalln femenino; esto es, integrado enteramente por jvenes y robustas muchachas.

El hecho no era para sorprenderse. Siempre haban existido batallones de mujeres tanto en el Ejrcito como en la Armada. Lo chocante era la casualidad que haba excluido a los hombres de entre los jefes, oficiales y soldados que acudieron a recibir a los viajeros. Hasta los conductores de los automviles eran femeninos.

-Qu pasa aqu? -pregunt Miguel ngel en son de broma -. Es que han desterrado hasta el ltimo hombre de "Valera"?

-No, claro que no -contest la almirante Montana.

Los viajeros ocuparon sus asientos en los coches, los cuales se pusieron inmediatamente en marcha abandonando la Base Area y tomando la magnifica autopista de Nuevo Madrid.

A Miguel ngel le toco ocupar un coche con su cuado Gerardo Otero y su sobrino, el cual era oficial de la Armada Sideral siguiendo la tradicin de la familia de su madre. Una joven damita rubia que ostentaba el grado de Contralmirante acompaaba a los tres hombres y lanzaba frecuentes miradas sobre Miguel ngel, como si la personalidad de ste llamara poderosamente su atencin.

Miguel ngel, en efecto, resultaba un tipo curioso para todos aquellos que le velan por primera vez. De regular estatura, esbelto, rubio, de ojos azules e ingenuos, pareca un muchacho de no ms de veinte aos, cuando en realidad contaba ochenta y tres y era en lo fsico tan opuesto a los varones de la familia Aznar que siempre tenia que repetir dos veces su apellido para que le creyeran hijo del "Superalmirante".

-Naturalmente -dijo la rubia que haba sido presentada con el nombre de Marina Smuts -. Estaran ustedes ansiosos de pisar tierra firme despus de un viaje tan largo encerrados en un autoplaneta metlico.

-Oh, no tanto! -exclam Miguel ngel riendo. Y como la Contralmirante diera seales de sorpresa aclar:

-No venimos ahora directamente de la Tierra, sino de los planetas Thorbod Casi a la vuelta de la esquina, como quien dice. Pero hbleme de las cosas de aqu, que tiempo tendrn ustedes de saber las nuestras. Quin manda ahora en el autoplaneta?

Marina Smuts se apresur a poner a su atractivo superior al corriente de los acontecimientos de "Valera" de los ltimos cincuenta aos; cmo los nahumitas derrotaron a la Armada Sideral Expedicionaria mandada por el almirante Quesada, cmo se destituy al Alto Estado Mayor y emprendieron los valeranos la ardua tarea de reconstruir su Flota Sideral y fabricar y hacer acopio de las fabulosas cantidades de torpedos y autmatas que se necesitaban para emprender una guerra moderna.

Slo una cosa pas por alto la discreta contralmirante Smuts; el triunfo del movimiento feminista que haba puesto en manos de

mujeres la Administracin, la Armada Sideral y el Ejrcito del autoplaneta.

Cuando la contralmirante Smuts epilogaba la historia contempornea de "Valera" con la noticia del revs sufrido por la Armada, la caravana de automviles entraba en Nuevo Madrid.

-A dnde nos llevan? -pregunt Miguel ngel.

-Al Palacio Residencial. Sern ustedes huspedes de nuestra Almirante Mayor -contest la mujer.

Los coches se deslizaban por una grandiosa avenida que tenia en el centro una amplia faja de jardines y a ambos lados espaciosas aceras llenas de gente.

Lo curioso de los peatones, as como de los millares de automviles que rodaban por la calzada, era que todos llevaban el mismo camino hacia el casco de la ciudad.

La caravana sigui avanzando y a medida que se internaba en la avenida tuvo que disminuir su velocidad. La calzada era un ro de vehculos que se apretujaban y detenan continuamente, tocndose las delanteras de unos con las traseras de los otros. En las aceras herva una muchedumbre inquieta y chillona que formaba corrillos y agitaba pancartas donde con pintura todava fresca se lean cosas como: "QUEREMOS SABER LA VERDAD". "ABAJO LAS MUJERES!" "AFUERA CON LA ALMIRANTE MAYOR!" "MUERA EL ALTO ESTADO MAYOR!" "ARRIBA LOS HOMBRES!"

-Qu es lo que pasa aqu? -pregunt Miguel ngel volvindose hacia la contralmirante Smuts, la cual pareca bastante preocupada.

-Ya ve. Los valeranos no parecen muy conformes con el resultado de la batalla sideral.

La caravana de coches oficiales dobl por una calle lateral, en busca al parecer de otra avenida menos atestada de pblico y de carruajes. Pero todos los accesos al casco de la ciudad estaban igualmente bloqueados por la muchedumbre.

El automvil que encabezaba la caravana se detuvo, un oficial salt a la calzada y recorri la fila de coches diciendo a los ocupantes de stos:

-Por favor, apense. No podemos seguir adelante con los coches. Vamos a subir a la terraza de un rascacielos y telefonearemos para que venga a recogernos alguna lancha de la Polica.

Los terrcolas y la delegacin femenina que haba salido a recibirles al aeropuerto abandonaron los coches y cruzaron la calzada hacia la acera ms prxima. Pero en la acera haba un nutrido grupo de hombres que al verles llegar exclamaron en gritos de:

-Abajo las mujeres! Mueran las opresoras militaristas! El contenido masculino de la acera se volc sobre el grupo de hombres y mujeres que acababa de salir de los automviles. En un abrir y cerrar de ojos Miguel ngel y sus compaeros se vieron luchando a brazo partido con

aquellos energmenos.

La pequea escolta de mujeres soldados que iba en los coches de atrs y delante de la caravana oficial y las jefes y oficiales que haban formado la comisin de recepcin, empuaron pistolas y enarbolaron fusiles ametralladores abrindose paso a golpes hacia el portal del ms prximo rascacielos.

Tambin los terrcolas lucharon con denuedo contra los manifestantes slo por defender a las asustadas mujeres de su grupo que no comprendan la razn de este brutal e inesperado ataque.

-Atrs atrs o disparamos! -gritaron las oficiales.

Y se escuch el seco restallar de las pistolas.

Una docena de manifestantes cayeron sobre el asfalto, en tanto los dems retrocedan blandiendo los puos y bramando injurias y amenazas.

Miguel ngel, irritado, asi del brazo a la almirante Montana cuando alcanzaban el zagun y la sacudi violentamente.

-Por qu han disparado? -grit -. Se han vuelto todos locos en este maldito autoplaneta?

-Seor Aznar -contest la mujer desasindose con un movimiento brusco -. Tenemos que elegir entre nuestras vidas o las de esta chusma. Ellos estn furiosos porque han empezado a correr rumores de que se ha perdido la batalla sideral y nos hacen responsables a los militares del desastre. Si esos brutos nos cogen ahora no harn distincin entre nosotras y su abuela y su madre de usted, comprende?

Esta amenaza bast para que Miguel ngel accediera a entrar refunfuando en uno de los ascensores con -su padre y el resto de la familia. La contralmirante Smuts entr con ellos y oprimi el ltimo botn del cuadro del ascensor. La mquina se puso en movimiento llevndoles hasta la azotea en breves instantes.

La almirante Montana lleg poco despus con el resto de la escolta y distribuy a las soldados de manera que dominaran todos los accesos a la azotea mientras ella iba a llamar por telfono.

Abajo, en la calle, una marejada humana se estrellaba contra la puerta del edificio. Los gritos furiosos de la multitud llegaban hasta la azotea.

Sobre la ciudad volaban describiendo pausados crculos algunos aerobotes de la Polica con luces intermitentes rojas en el techo y en los costados del aerodinmico casco. Apenas acababa de telefonear la almirante Montana cuando media docena de estas pequeas aeronaves pusieron proa hacia el rascacielos y descendieron verticalmente sobre la azotea donde estaban refugiados los terrcolas y sus acompaantes.

Los aerobotes, que no ofrecan otra particularidad que ir tripulados por mujeres -policas, tomaron a bordo a la totalidad del grupo y se elevaron en el aire.

Mientras volaban hacia el grandioso rascacielos que se conoca con

el pomposo nombre de Palacio Residencial, sede del Almirante Mayor del autoplaneta y de los miembros del Alto Estado Mayor, los terrcolas podan ver a sus pies las profundas hendiduras que formaban las avenidas flanqueadas de altos rascacielos, todas ellas cuajadas de una multitud colorinesca en marcha hacia la monumental Plaza de Espaa, centro geomtrico de la capital donde concluan todas las avenidas.

La misma plaza de Espaa hormigueaba de manifestantes que tremolaban pancartas dando gritos cuyo clamor llegaba hasta las alturas y ante las verjas del Palacio Residencial se vea un cinturn metlico formado por "tarntulas" robot y tropas de la escolta de la Residencia que hacan denodados esfuerzos para contener a los grupos de asaltantes.

Los aerobotes volaron sobre la plaza y aterrizaron en la azotea del Palacio Residencial. All, una mujer alta y robusta que vesta la guerrera azul celeste de coronel de Estado Mayor, esperaba a los viajeros al frente de un grupo de ordenanzas femeninos.

-En nombre de nuestra Almirante Mayor, les deseo una feliz estancia entre nosotros -dijo la coronela saludando al seor Aznar. Y agreg sealando a la cabina de un espacioso ascensor -: Tendr mucho gusto en acompaarles hasta sus habitaciones si son tan amables de seguirme.

-Si fuera posible, antes que nada, desearamos ver a su Excelencia -dijo el seor Aznar.

-Su Excelencia acaba de llegar del espacio, donde estuvo dirigiendo la batalla. Se siente fatigada y les suplica la disculpen

-S perfectamente lo que siente un jefe luego que sus fuerzas acaban de sufrir una dura derrota, y por ello insisto en ver a la seora Polaris cuanto antes. Creo poseer la medicina que la reanimar. Bastar que le diga usted que los aparatos "Omega" que atacaron a la retaguardia nahumita con rayos de luz perforantes eran nuestros. Eso, posiblemente, bastar para infundirle nuevos nimos.

La coronela de Estado Mayor, mir al viejo "Superalmirante" como dudando.

-Vaya usted, Haxby -aconsej la almirante Montana -. El seor Aznar es portador de importantes nuevas que nuestra Almirante debe conocer en seguida.

La mujer asinti y se alej en direccin a un ascensor de los ms pequeos. Los terrcolas entraron en la cabina del mayor con la almirante Montana y la contralmirante Smuts. De las breves palabras que se cruzaron entre terrcolas y valeranos mientras descendan en el ascensor, Miguel ngel dedujo que su padre ya haba puesto al corriente a Montana de algunos de los acontecimientos ocurridos en la Tierra luego que el autoplaneta Valera zarp del Reino del Sol.

El ascensor se detuvo en el piso reservado a habitaciones

particulares del Comandante en Jefe del autoplaneta. Un largo pasillo adornado con tapices que representaban las hazaas de "Valera" les llev hasta un saln enlosado con grandes placas de mrmol negro. A lo largo de las paredes, uno en cada hornacina, se velan los bustos de todos los hombres que haban mandado el autoplaneta, empezando por el legendario Fidel Aznar hasta el ltimo Miguel ngel, o sea el propio don Miguel ngel Aznar que ahora se detuvo un instante a contemplar su efigie.

-El busto es bueno, pero van a tener que quitarlo de ah -dijo el seor Aznar. -Y aluda con ello a la costumbre de no poner las efigies de los comandantes de "Valera" hasta que stos haban fallecido.

La almirante Montana gui el grupo por una de las puertas que daban al saln hasta una espaciosa y bien surtida biblioteca.

Miguel ngel Aznar, hijo, pas una mirada por las largas filas de lustrosos tomos que sus antepasados haban ido reuniendo en aquella biblioteca en el transcurso de muchas generaciones. La biblioteca de "Valera" era nica en el mundo -universo por contener ejemplares antiqusimos, libros que los siglos, las guerras y las devastaciones haban hecho desaparecer de las bibliotecas y museos de la Tierra y el resto de los planetas habitados.

Mientras esperaban all a la Almirante Mayor, Miguel ngel pase a lo largo de las estanteras, tomando un libro aqu y all, hojendolo y volvindolo a depositar en el lugar que ocupaba durante siglos. La Historia Universal, y con ella la historia de su propia familia, brotaba de las pginas de aquellos libros con un tufillo a rancio y apolillado, a cosas muertas y pasadas

Miguel ngel Aznar se daba cuenta que estaba en el mausoleo de su familia, y aquello le hacia sentirse ms orgulloso de su apellido, a la vez que ms pequeo y humilde frente a la grandeza de los antepasados que le haban precedido.

Un rumor de pasos y de voces le arranc bruscamente de su abstraccin. La coronela de Estado Mayor entraba en la biblioteca seguida de una mujer que no representaba ms all de 27 29 aos, de mediana estatura, cabellos muy negros, tez blanca y ojos castaos con expresin abatida.

-Su Excelencia doa Irene Polaris, Comandante en Jefe del Orbimotor "Valera" y de las Fuerzas Armadas Expedicionarias de los Planetas Confederados Terrcolas -anunci pomposamente la coronela Haxby.

Don Miguel ngel Aznar, que se haba puesto en pie, se adelant a estrechar la mano de la joven "Superalmirante".

-Bienvenidos sean ustedes al autoplaneta de mi mando. Almirante Aznar -dijo la "Superalmirante" -. Crean que lamento muy de veras no haber podido salir a recibirles con todos los honores que merecen.

Han llegado ustedes en muy mal momento. Nuestra Flota Sideral acaba de sufrir un grave revs en el espacio y con ello hemos perdido la ltima esperanza de destruir el odioso Imperio Milenario de Nahum. Ya slo nos queda rescatar a los nufragos que podamos y zarpar de nuevo rumbo a la Tierra. Eso, a menos que ocurra un milagro y

-El milagro ha ocurrido, Excelencia -dijo el joven Miguel ngel sin aguardar a que la mujer terminara -. Nosotros acabamos de llegar.

Irene Polaris se volvi a mirar a este joven de facciones aniadas cuyas pupilas azules la contemplaban a su vez entre risueas e irnicas

-Quin es este hombre? -pregunt Irene desabridamente molesta por aquel tono de jactancia.

-Es mi hijo, Miguel ngel Aznar -dijo el viejo "Superalmirante".

-Otro Miguel ngel, eh? -murmur Irene Polaris -. Muy bien, jovencito. Parece usted muy seguro de s mismo, pero le dir una cosa. Y es que si todo lo que han trado ustedes es su sola presencia seguimos igual o peor que hasta ahora. No puede aniquilarse al Imperio de Nahum sin ms armas que una tradicin de gloriosas hazaas.

En el noble rostro del viejo "Superalmirante", como en el de sus familiares y amigos, se trasluci el desagrado que les produca la respuesta de la bella Almirante Mayor.

nicamente Miguel ngel sonri al tiempo que deca:

-Espero que esta gloriosa tradicin nuestra no le desagrade demasiado.

-Me deja indiferente -contest Irene, sintindose agresiva.

-Entonces mtase su estpido orgullo en el bolsillo y djenos hablar. Hemos trado a "Valera" algo ms que nuestras preciosas personas. Usted debiera saber que si un puado de cruceros de su Flota se ha salvado fue gracias a la intervencin de nuestra escuadrilla de aparatos "Omega".

-Se refiere a aquellos extraos aparatos que tenan la forma de una herradura? -pregunt Irene, resentida por la manera brusca y llana con que la trataba aquel muchacho rubio.

-Claro! A qu si no? -gru Miguel ngel -. Los "Omega" haban salido de nuestro "disco volante" y yo mismo les dirig contra la retaguardia nahumita por control remoto. No eran ms que un millar, todos los que tenamos. Pero los "Omega" zurraron bien a los nahumitas antes de ser destruidos y les demostraron que toda la tcnica guerrera que se emple en esa batalla ha quedado anticuada con respecto a la revolucionaria tcnica de nuestra pequea escuadrilla.

Irene Polaris mir al joven Aznar parpadeando.

-Aquellos rayos que lanzaban sus aparatos de qu eran? -pregunt. Y aguard con el aliento en suspenso la respuesta de Miguel ngel.

-Eran rayos de "luz slida".

-Cmo ha dicho?

-Rayos de "luz slida". Atraviesan todo lo que se les ponga por delante incluida la "dedona" de que estn hechos nuestros cruceros siderales y los buques de la Armada nahumita. Esa es nuestra nueva y revolucionaria arma secreta.

-Rayos de "luz slida"! -exclam Irene sintiendo pasar a travs de su cuerpo alternativas olas de calor y de fro -. Hace siglos que nuestros mejores sabios desistieron de conseguir producirlos alguna vez. Quin pudo hacer realidad ese sueo? Desde cundo se conocen en la Tierra esos rayos?

-Eso es un poco largo de contar -manifest Miguel ngel. Y la inflexin de voz iba impresa de profunda amargura -. No fueron los cientficos terrestres quienes descubrieron esos rayos, sino los sadritas.

-Los sadritas? Quines son los sadritas?

-Los que ahora dominan en el Reino del Sol -contest Miguel ngel sombramente. Y agreg con un suspiro -: Los que nos expulsaron de nuestros mundos. Venus, la Tierra y Marte dejaron de ser sede de nuestra humanidad. Hemos perdidos aquellos planetas.

Irene Polaris, anonadada, se sujet a la esquina de la larga mesa de caoba.

La Almirante Mayor hablase dejado caer en un silln, dispuesta a escuchar el relato de los sucesos de la Tierra, cuando una mujer que vesta el uniforme de las Fuerzas de Polica irrumpi en la biblioteca.

-Excelencia, si me permite unas palabras -murmur la mujer que ostentaba el grado de coronela, haciendo una sea imperceptible.

Pero Irene, que estaba impaciente por conocer mejor la tragedia de los planetas confederados, no repar en la sea.

-Oiga pronto lo que tenga que decir, Surez -apremi.

La coronela vacil todava mirando a los terrcolas y dijo:

-Excelencia, lo que comenz en manifestacin de disgusto est convirtindose rpidamente en motn. Grupos armados de hombres han disparado contra las fuerzas de Polica. Temo temo que no nos bastemos para contener a los amotinados. Le aconsejo que lance las fuerzas del Ejrcito a las calles antes que sea demasiado tarde.

Irene Polaris empalideci de rabia y de temor. - Cmo se atreven esos esos? -y frunci los labios con fuerza. Sus oscuras pupilas relampaguearon siniestramente al gritar -: Llamen inmediatamente a la Generala MacCone! Ahogar ese motn en sangre s lo que pretenden es echarnos de aqu a la fuerza!

-Excelencia, me permite unas palabras? -intervino el seor Aznar. Y como la seorita Polaris le mirara ceuda prosigui -: Recin acabamos de llegar a "Valera" e ignoro las causas que puedan originar ese motn, pero cualesquiera que sean me permitir darle un consejo. No trate jams de atajar un motn por la fuerza bruta. La violencia engendra la violencia. Asegrese bien que no existe otro modo de apaciguar a los

revoltosos antes de tomar medidas de las que ms tarde pueda arrepentirse.

Irene Polaris mir a la coronela, que aguardaba a medio camino de la puerta.

-En realidad -dijo Miguel ngel -. Cul es la causa de esta agitacin?

La Almirante Mayor decidi afrontar con valor la pregunta.

-Se lo dir en dos palabras, seor Aznar. El sexo femenino ocupa en "Valera" un lugar preeminente en todas las actividades de la vida. Los hombres se dejaron arrebatar una tras otra todas las privilegiadas posiciones que ocupaban. Nos las cedieron sin violencias, cuando una tremenda responsabilidad hacia poco atractivos los cargos ms penosos en la Administracin, la Armada y el Ejrcito y ahora intentan recobrar su absurda preeminencia por la fuerza. Eso es lo que ocurre.

El asombro ms vivo se pint en el rostro de los terrcolas.

-Un matriarcado en "Valera"! -exclam el joven Aznar. Qu disparate!

-Y por qu ha de ser un disparate, seor Aznar? -contest Irene con agresiva precipitacin -. Desde los orgenes del mundo, sin que existiera ninguna verdadera razn, los hombres han dirigido las cosas a su manera supeditndonos a las mujeres a su voluntad y su capricho. Tal estado de cosas poda tolerarse en los tiempos en que la fuerza fsica del macho constitua el principal sostn de la familia. Hoy da la fuerza fsica del hombre no interviene para nada en el desarrollo y prosperidad de los pueblos y por lo tanto no existe razn alguna para que las mujeres sean consideradas en menos que los hombres. Podemos hacer todo lo que hagan ellos, y hacerlo mejor en ocasiones. Si la inteligencia es la suprema palanca que en esta Era mueve todas las cosas, la inteligencia debe prevalecer sobre el vigor fsico del individuo, y en tal caso estamos en nuestro derecho al reclamar el control de los asuntos pblicos.

-Quiere decir que pueden hacerlo porque son ms inteligentes que nosotros? -Lo hemos demostrado.

-Cundo? -pregunt Miguel ngel irnicamente -. No habr sido en la batalla sideral de hace unas horas. Mi cuado Gerardo, que ha dedicado toda su vida al ftbol y no sabe una palabra de tctica militar, hubiera dirigido mejor ese encuentro, simplemente con aplicar a la guerra lo que sabe de balompi.

Irene Polaris, que llevaba todo el rato temiendo or una alusin a la batalla, enrojeci hasta la raz de los cabellos.

-En ese encuentro -contest- las circunstancias nos impusieron un resultado adverso. Los nahumitas disparaban ms torpedos que nosotros, y sus proyectiles eran mejores que los nuestros. Hubiera conseguido usted una victoria donde nosotros fracasamos?

-Yo hubiera mandado a mi escuadra cargar contra la Armada Nahumita, habra pasado entre ella disparando torpedos y hubiera

huido en direccin contraria a "Valera". La batalla se habra perdido de todas formas, pero hubiramos salvado a un nmero mucho mayor de buques. Jams hubiera cometido la torpeza de ordenar un viraje en redondo para retirarme hacia "Valera", porque con esa maniobra se anul la ventaja de la velocidad que llevbamos y los nahumitas tuvieron tiempo para alcanzarnos mientras corramos hacia el autoplaneta con el rabo entre piernas.

-Le agradezco mucho su leccin de tctica -mascull Irene -. Es usted un muchacho muy precoz.

-No tanto como se figura -repuso el joven con irona -. Tengo ms de ochenta aos y los tres luceros de Almirante en las charreteras de la casaca que olvid ponerme al venir a verla.

Irene Polaris mir sorprendida a este muchacho rubio del que jams hubiera sospechado que contara ms de 20 aos.

-Bien -dijo irritada -. Admitamos que las mujeres cometimos un error y perdimos la batalla. Es la primera vez que una cosa as ocurre en la Historia. Todas las dems batallas que se perdieron fueron dirigidas por hombres. Hasta que nosotros alcancemos la cifra de errores cometidos por ustedes, todava nos queda mucho tiempo para rectificar y aprender. No le parece?

La Almirante Mayor miraba al seor Aznar, y ste fue el que contest:

-Esa salida es impropia de una mujer de su talento, seorita Polaris. Obstinarse en cometer errores porque otros los hayan cometido antes, es un absurdo que no conduce a ninguna parte.

-Oh, no es que nos propongamos imitarles! -protest ella -. Solamente hago notar que tenemos derecho a hacernos perdonar muchas equivocaciones.

-Supongamos que los varones de "Valera" no quieran perdonarles el fracaso de esta campaa -insinu el joven Miguel ngel.

Ella le mir, y sus pupilas centellearon siniestramente. -En tal caso no tendremos ms remedio que adoptar la actitud que los Estados Mayores anteriores al nuestro adoptaron frente a los revoltosos. Siendo "Valera" un transporte militar de tropas y estando regido por las mismas leyes que rigen a bordo de las aeronaves de la Confederacin de Planetas Terrcolas, su Comandante, yo en este caso, puedo ordenar la salida de las tropas y juzgar sumarsimamente a los amotinados.

-Esperamos de usted que tenga bastante buen juicio para no proceder de esa forma -dijo el seor Aznar -. Posiblemente haya otros medios menos drsticos para aquietar a esa multitud.

-Conoce usted alguno?

-Creo que s. La razn de su descontento; la derrota que acabamos de sufrir en el espacio, puede enjuagarse con la promesa de una victoria prxima. Alguien debe decirles que no todo est perdido, aunque

parezca lo contrario. Conservamos todava nuestro Orbimotor, nos quedan ms de cien mil buques y contamos con un arma nueva y poderossima.

-Se refiere a esos rayos de "luz slida"?

-S.

-Son realmente tan poderosos?

-Puede usted prometer sin temor alguno que con ellos derrotaremos limpia y estrepitosamente al Imperio Milenario de Nahum.

-Los valeranos han dedicado casi medio siglo a hacer preparativos para esta segunda campaa contra el Imperio de Nahum -dijo la Almirante Mayor -. Sera pedirles demasiado que esperaran otros cincuenta aos para encontrarse de nuevo en condiciones de atacar a los nahumitas.

-No necesitamos esperar ni siquiera un ao para estar en condiciones de reanudar las hostilidades -asegur el seor Aznar -. Los rayos de "luz slida" ya fueron utilizados por nosotros en gran escala en nuestra lucha contra los sadritas. Cuando nos vimos obligados a evacuar los planetas de la Confederacin Terrcola nosotros tenamos montada una gran industria para la fabricacin de proyectores de ese tipo. En vez de destruirlas, lo que hicimos fue desmontar esas instalaciones y reducirlas por el sistema de eliminacin de espacios vacos intermoleculares. Ahora podemos felicitarnos de haber previsto que algn da podramos necesitar con urgencia de aquellas instalaciones. En nuestro "disco volante" traemos debidamente embalada y clasificada toda la maquinaria precisa para comenzar a fabricar proyectores de "luz slida" maana mismo.

Un chisporroteo de entusiasmo anim las pupilas de la Almirante Mayor.

-Es eso cierto? Dios mo! -exclam -. Esto es realmente magnifico!

-Quiere que hable yo mismo a los valeranos? -insinu el seor Aznar.

Instintivamente, Irene Polaris se puso en guardia.

La presencia del viejo "Superalmirante" a bordo de "Valera", ms que disgustarle, le alarmaba. El anciano caudillo, que fsicamente estaba muy lejos de aparentar su verdadera edad, gozaba de un enorme prestigio en "Valera". Las jvenes generaciones que no le haban conocido y le tenan por muerto all en la lejana Tierra le reverenciaban como a un hroe legendario.

Pero el almirante segua vivo. Como uno de los dioses de la mitologa surga repentinamente de las tinieblas del pasado, y descendiendo del Olimpo, intervena una vez ms en los conflictos de los mortales.

En el presente caso, con la ms deplorable de las inoportunidades.

El viejo "Superalmirante" por s solo, era en este momento el nico hombre capaz de hacer saltar el impopular matriarcado fundado por la madre de Irene. El elemento masculino de "Valera" le acogerla como

un enviado de la Providencia para que acaudillara sus reivindicaciones. En cuanto supieran que haba regresado y estaba entre ellos, los varones de "Valera" le aclamaran exigiendo su restitucin al mando supremo de las Fuerzas Armadas Expedicionarias. Y si el anciano quera, con slo dar una voz, tendra a su lado hasta el ltimo muchacho de "Valera" dispuesto a derramar su sangre en la ejecucin de cualquier orden que el hroe le diera.

Irene, que saba todo esto, haba procurado ocultar el regreso del "Superalmirante" rodeando su desembarco del mayor secreto. Sin embargo no poda confiar en guardar este secreto por mucho tiempo, ni era aconsejable hacerlo.

Como todos los secretos compartidos por gran nmero de personas, la noticia del regreso del "Superalmirante" acabarla por trascender al pblico. Y entonces acusaran a Irene de tenerle secuestrado, si no de cosas peores e igualmente fantsticas que excitaran la clera del sector masculino de "Valera", impulsndole a cometer algn disparate.

La cosa hubiera tenido fcil remedio de prevalecer todava las brbaras costumbres de la antigedad. Con fusilar a los Aznar quedaba todo arreglado.

Pero los tiempos que corran no eran los propios para realizar estas salvajadas, ni Irene Polaris era capaz de apelar a estos procedimientos para sostenerse en su cargo de Almirante Mayor. As que escogi entre los males el menor y decidi presentar espontneamente al anciano caudillo a la multitud que vociferaba ante el Palacio Residencial.

-Supongamos que yo le invitara a hablar a la nacin -dijo Irene clavando sus bellas pupilas en las mortecinas del anciano -. Qu les dira a los manifestantes?

-Les dira que todava podemos aniquilar al Imperio de Nahum y que tenemos el deber de aniquilarle. Esa es nuestra misin principal, la nica verdaderamente importante, la que est por encima de nuestras rencillas, nuestros problemas y nuestros intereses particulares. Los valeranos deben olvidar todo y dedicar su esfuerzo a la consecucin del fin que perseguimos. Si ese fin es la destruccin del Imperio de Nahum, debemos dedicarnos exclusivamente a ello dejando de lado todo lo dems.

-No intentar usted servirse de la televisin para levantar bandera contra nuestro Alto Estado Mayor? -pregunt. Irene cautelosamente.

Don Miguel ngel Aznar contempl a la Almirante Mayor con el ceo fruncido.

-Por qu me pregunta eso? -interrog -. Hasta ahora tengo entendido que el Alto Estado Mayor fue legalmente constituido.

-Y as es.

-Pues en ese caso sobraba la interpelacin. No aspiro a erigirme de nuevo en Comandante en Jefe de este autoplaneta, si es eso lo que

recela. Renunci voluntariamente al titulo de Almirante Mayor e hice firme promesa de no volver a ocuparme de los asuntos pblicos.

Irene Polaris enrojeci.

-Usted me disculpar la suspicacia -murmur -. Pero me consta que pronto vendrn a proponerle que acaudille el movimiento reaccionario masculino. Si usted accediera a ese ruego me verla en la dolorosa obligacin de tratarle como rebelde comprende?

-Honradamente hablando, no puedo negar que he sido cabecilla rebelde alguna vez -dijo el seor Aznar sonriendo con amargura -. Pero si lo hice fue por sostener un criterio que consideraba y luego result ser justo. Sabe usted que la Bestia Gris se present en el Reino del Sol poco despus de haber zarpado "Valera", y que nos hubiera arrollado y vuelto a sojuzgar si yo no me hubiera impuesto el deber de proceder al rearme de nuestra Confederacin?

-Cielos! Eso tambin? -exclam Irene sorprendida -. Por lo que veo han ocurrido la mar de cosas en la Tierra desde que nuestro Orbimotor zarp de all. Ser muy interesante orle contar todo eso.

-No olvidar contarlo cuando me dirija al pueblo de "Valera". Los valeranos deben saber que despus de vencer aqu al Imperio de Nahum, todava nos queda una misin ms larga y difcil por realizar. Me refiero al regreso de "Valera" a la Tierra para combatir y aniquilar a los invasores sadritas. Se trata de una tarea dura, que exigir de todos nosotros un largo sacrificio, y que no podemos en conciencia eludir. Porque si la Humanidad no aniquila a los sadritas, los sadritas nos aniquilarn a nosotros en un futuro no muy lejano.

-Esos sadritas, cmo son? -pregunt Irene estremecindose.

-No son humanos. Ni en forma, ni en tamao, ni en naturaleza, ni en pensamiento se parecen lo ms mnimo a nosotros. Pero no es necesario que me esfuerce en describrselos. Pronto podr verles usted en las pelculas documentales que narran por s solas toda la gran tragedia de nuestros viejos planetas -asegur el viejo "Superalmirante".

Irene Polaris se puso en pie. Mir pensativamente uno por uno a los terrcolas y luego, con un breve ademn, invit a don Miguel ngel Aznar a seguirle.

Breves minutos ms tarde, los miles de manifestantes que llenaban por completo la Plaza de Espaa y las monumentales avenidas prximas, velan iluminarse en puntos estratgicos una serie de grandes pantallas situadas a bastante altura para que todos pudieran verlas.

Un busto de hombre apareci en imagen en todas las pantallas a su vez. Su mirada tranquila, Inteligente y bondadosa, cay sobre la multitud desde lo alto de las grandes pantallas. Sus nobles facciones resultaban familiares a los valeranos, aunque en el primer instante no pudieron precisar porqu.

La imagen televisada hizo un pausado ademn, sus finos labios

empezaron a moverse y los potentes altoparlantes dominaron el murmullo de la multitud pronunciando las palabras ms inesperadas:

-Queridos amigos, escuchadme. Os habla vuestro viejo Almirante Mayor Miguel ngel Aznar.

-El "Superalmirante"!!! -se escuch en forma de exclamacin que llen todos los mbitos de la monumental plaza y las avenidas prximas.

Los valeranos le reconocieron entonces. Un poco ms viejo, con algunas arrugas ms y bastantes canas en las sienes Un poco ms cansado era el "Superalmirante" en persona.

El estupor estrangul los murmullos del pblico. En esta pausa se escuch de nuevo la voz de don Miguel ngel explicando las razones de su presencia en "Valera":

-"Apenas hace una hora que me encuentro en Nuevo Madrid La Almirante Mayor, doa Irene, me invita a dirigiros la palabra. Sean pues mis primeras palabras, como salutacin. Estoy entre vosotros y"

La multitud, reaccionando despus de la primera impresin de sorpresa, prorrumpi en un fiero aullido de gozo. Gritos de "Viva nuestro Almirante!" y "Vivan los Aznar!" atronaron el aire haciendo estremecer a los esbeltos rascacielos que dominaban la plaza.

Por espacio de varios minutos, estos gritos coreados hicieron imposible que el seor Aznar prosiguiera en su alocucin. Cuando obedeciendo a los insistentes ademanes de la imagen televisada, la muchedumbre empez a calmarse, la voz clida y emocionada del Almirante brot nuevamente de los altoparlantes agradeciendo aquellas muestras de afecto.

-Este -dijo el Almirante - Sera el da ms feliz de mi vida si la alegra que me produce estar de nuevo en mi querido "Orbimotor" no estuviese empanada por el recuerdo de la gran tragedia que me oblig a emprender tan largo viaje hasta vosotros.

El pblico agudiz el odo. El Almirante haba optado por dar primero las malas noticias, dejando para ltimo lugar lo poco que haba de bueno en su discurso.

El silencio era ya completo cuando don Miguel ngel evoc la partida del autoplaneta. En los Planetas Confederados, dijo, se prosigui en la tarea de alistar el Ejrcito y la Armada ms potentes que jams hubieran guarnecido aquellos mundos.

Cuando la Abominable Bestia Gris irrumpi en el Reino del Sol, la Confederacin Terrcola estaba preparada para recibirle adecuadamente. Por desgracia, la fraccin antibelicista acababa de intervenir secuestrando al Almirante y a su madre, lo cual oblig al Alto Estado Mayor, a acceder a las demandas de la oposicin que peda, exiga ms bien, el sacrificio de la Armada y la demolicin de la industria blica creada por el Almirante Aznar.

-Por fortuna -agreg el Almirante - slo habamos comenzado a

desmantelar nuestra Armada Sideral cuando lleg la Bestia Gris. Los antibelicistas reconocieron honradamente que mi poltica no haba sido tan mala como ellos creyeron y todo el mundo se uni fraternalmente para combatir a los Thorbod.

La Abominable Bestia, continu diciendo el seor Aznar, fue derrotada y aniquilada sobre los mismos planetas que haba pretendido sojuzgar. Por primera vez en la Historia, unidades completas de Hombres Grises se rindieron sin apelar a su acostumbrado recurso de luchar hasta morir.

-Fuimos clementes con ellos -dijo el Almirante. Y un estallido de aplausos y gritos de "Viva nuestro Almirante!" le impidieron hablar por otros largos minutos.

Al descender un murmullo la marejada de aplausos, el seor Aznar continu hablando. Dijo que el mundo comprendi en aquel punto y momento que ni siquiera despus de haber vencido a la Bestia Gris deba tenerse desguarnecidos e indefensos a los planetas de la Confederacin.

-Cuando el mundo comprendi estas razones por las que yo tanto haba luchado y padecido, consider que mi misin estaba cumplida y renunci all mismo a todos mis cargos haciendo firme promesa de no volver a ocuparme de los asuntos pblicos. Me cas, tuve dos hijos y viv feliz con mi familia apartado de la poltica hasta que treinta aos ms tarde

Los "sadritas" irrumpieron en el Reino del Sol. Los "sadritas" que procedan de algn punto ignorado y remoto del Universo infinito, llegaron al Reino del Sol, tripulando una flota de autoplanetas y fueron a establecerse en el planeta Urano.

Eran unos seres extraos, provistos de una sobrehumana inteligencia, en forma de pequeos pulpos de apariencia repulsiva. En los "sadritas", el cerebro ocupaba la inmensa mayora de su extrao organismo de titanio. Pero en aquel cerebro se ocultaba la mentalidad ms aguda y perversa de cuantas el Hombre haba encontrado en sus largas exploraciones a travs del Cosmos.

Los "sadritas" no tenan voz ni odo. Se comunicaban entre si por telepata. Las deficiencias de su pequeo tamao y su escaso vigor las haba suplido de una manera original, alojndose en unos muecos mecnicos que ellos manejaban desde dentro como si fuera un automvil. Conocan la energa atmica, la transmutacin de la materia, la electrnica y la ciberntica, la compresin molecular, la navegacin astronmica, la "dedona" y todos los adelantos terrcolas.

-Pero adems, y esto fue lo ms grave -continu diciendo el seor Aznar -conocan la "luz slida" que todava era un secreto para nosotros.

Con sus rayos de "luz slida", que atravesaban incluso as corazas de "dedona" de los cruceros siderales de la Armada Terrcola, los "sadritas"

dieron la primera desagradable sorpresa a los jefes de la escuadra que sali a interpelarles llenndoles de agujeros los cascos de sus buques.

-No pudimos impedir que los intrusos llegaran hasta Urano y empezaran a desembarcar en l -se lament el seor Aznar.

Los "sadritas" enviaron una comisin a la Tierra para parlamentar con el Gobierno de la Confederacin. Sirvindose de una vieja mquina de escribir "Thorbod", o sea fabricada por la Bestia Gris, los "sadritas" llegaron a entenderse con los terrcolas manifestando a stos su deseo de convivir pacficamente.

En principio, y como quiera que Urano era un planeta - inhabitado e inhabitable para la criatura humana de la Tierra, la peticin de los "sadritas" de que les permitieran vivir en paz y buena vecindad en Urano no pareca amenazar la seguridad de los tres planetas confederados (Venus, La Tierra y Marte).

Los terrcolas hicieron lo nico que podan hacer en estas circunstancias. Impotentes para combatir a los "sadritas", accedieron a que stos se establecieran en el gigantesco Urano.

-Pero las cosas no podan quedar as -prosigui diciendo el almirante Aznar -. Nosotros no podamos sentirnos tranquilos en nuestros planetas teniendo por vecinos a unos individuos que podan aniquilarnos de un momento a otro. Necesitbamos poseer tambin aquella "luz slida" para poder negociar con los "sadritas" en un plano de igualdad, y se decidi enviar un "comando" a Urano cuya misin consista en capturar alguno de aquellos proyectores. Tambin deban capturar al menos a un "sadrita" vivo, porque nuestros sabios empezaban a recelar que la naturaleza de aquellos bichos, tan distinta -de la nuestra, no podan sobrevivir bajo un sol metlico de la composicin y edad del astro que alumbraba nuestros planetas.

l comando fue a Urano, y aunque no consigui capturar ningn "sadrita", regres victorioso con una de aquellas armas que disparaban rayos de "luz slida". Los cientficos terrcolas examinaron el arma y le arrancaron su secreto. La industria de los tres planetas confederados empez a fabricar proyectores de "luz slida", para armar con ellos a todos los buques de la Armada Sideral.

Los bilogos, mientras tanto, llegaban a la conclusin de que los "sadritas" no podan habitar en Urano bajo los rayos del sol de los terrcolas, el cual era altamente perjudicial para estas extraas criaturas de titanio. Lo ms probable, aseguraron los cientficos, sera que los "sadritas" intentaran transmutar el sol en una estrella apta para la vida de una naturaleza de titanio.

-Se origin a este propsito una acalorada controversia -dijo el seor Aznar -. Lo que se discuta era si los "sadritas" podran o no podran verificar esa transmutacin solar, la cual de ser realizada, sellarla automticamente una sentencia de muerte para toda nuestra naturaleza

de carbono. Cuando alcanzbamos victoriosos el plazo que nos habamos fijado para armarnos con los nuevos proyectores de "luz slida", los mismos "sadritas" pusieron fin a la discusin demostrndonos que si podan efectuar la transmutacin de nuestro sol en un sol de titanio. Nuestro sol, aquel astro a cuyo calor surgi a la vida nuestra Humanidad, ardi en una inmensa llamarada verde, aument varias veces de tamao, abras a nuestros desdichados planetas y se volvi contra nosotros quedando transformado en un sol asesino

La voz emocionada del almirante Aznar, brotando de los altoparlantes distribuidos en la plaza y en las avenidas contiguas, surgiendo a la vez de varios millones de receptores de televisin esparcidos por todo el autoplaneta, retuvo la respiracin de ochenta y cinco millones de valeranos que estaban pendientes de sus palabras.

En la Plaza de Espaa, la multitud all congregada acogi con un unnime estremecimiento de fro las terribles noticias de la destruccin completa de la vida sobre los planetas terrcolas.

-El resto -concluy el Almirante dramticamente -puede resumirse en pocas palabras. Ya nada nos quedaba por hacer en nuestros planetas moribundos. La evacuacin inmediata era forzosa, inaplazable. Es cierto que tenamos una formidable Flota Armada con las mismas armas de los "sadritas", dispuesta a combatir a stos y expulsarles de nuestro sistema solar Pero la expulsin de los intrusos careca ya de objeto porque con "sadritas" o sin ellos, lo cierto era que tenamos que marcharnos de todas formas. Incluso la misma batalla sideral que habamos estado preparando pareca intil, ya que corriendo el grave riesgo de ser vapuleados no bamos a ganar nada en ella. Sin embargo, decidimos luchar. Necesitbamos aplacar nuestra clera y nuestra desesperacin matando "sadritas" cuantos ms mejor, aunque sabamos ya que nunca conseguiramos aniquilarles de forma que no pudieran siquiera reproducirse en la paradisaca soledad en que bamos a dejarles despus de nuestra marcha. La batalla, al fin, result poco menos que en tablas. Nosotros les destruimos en el espacio, pero ellos destrozaron nuestros transportes militares y no pudimos efectuar el desembarco proyectado. Despus de aquello la Flota vino a reunirse con nuestros autoplanetas, que ya volaban alejndose del Reino del Sol. La inmensa mayora de los expatriados decidieron marchar a "Redencin". Tres autoplanetas de los ms grandes me siguieron a m hasta los planetas Thorbod. De all venimos ahora. Entre los planetas Thorbod, encontramos uno habitado por seres humanos y en l nos tropezamos tambin con una escuadra nahumita que haba llegado hasta all en busca de cautivos. Nos enteramos de que el Imperio nahumita haba resucitado hacia siglos con el nuevo nombre de Imperio Milenario. Pens que quiz nuestro autoplaneta Valera" estuviera enzarzado en una lucha difcil contra los nahumitas y aqu estamos.

El almirante Aznar hizo constar su disgusto por la agitacin que acababa de encontrar en "Valera" al regresar. Hizo saber a los valeranos que estaban en condiciones de empezar a fabricar proyectores de "luz slida" en este mismo instante y concluy:

-La guerra no ha terminado, sino que empieza ahora. Ninguna arma conocida puede siquiera compararse a estos rayos de "luz slida" que atraviesan las corazas de "dedona" como el papel. Los nahumitas estn virtualmente vencidos desde este momento, y todo lo que tenemos que hacer es precipitar su calda lo ms rpidamente posible. Este es slo el comienzo de una empresa ms larga y de mayor envergadura. Muy lejos, all en nuestros planetas terrcolas, los "sadritas" se multiplican y prosperan, acrecientan su podero y se yerguen como una amenaza para todo el gnero humano. Hemos de volver all para aniquilarles o resignarnos a ser aniquilados por ellos ms tarde. Pensadlo bien. Los problemas que ahora os acaloran son nimiedades indignas de tenerse en cuenta ante el peligro comn que nos acecha. Que el Almirante Mayor sea hombre o mujer, que sean hombres o mujeres los miembros del Estado Mayor, eso carece de importancia. Porque al fin, sean hombres o mujeres, esos individuos lucharn con igual ardor contra el enemigo comn a toda la raza humana. Esta absurda competencia entre valeranos de distinto sexo debe cesar. La tarea que nos aguarda: desmembrar primero al Imperio de Nahum, correr hacia la Tierra y preparar unas formidables Fuerzas Armadas mientras tanto, exigir a partir de este momento hasta el ltimo de nuestros esfuerzos y pensamientos. Slo nuestro "Orbimotor" puede llevar hasta la Tierra una Armada y un Ejrcito realmente formidable. Por sus cualidades excepcionales, "Valera" es el nico capaz de realizar una expedicin guerrera de esa magnitud con una proporcin razonable de probabilidades de xito a su favor. Nosotros somos en este instante y a partir de este instante los campeones de la cristiandad universal. Qu pensaran de nosotros los hermanos de los planetas redentores si supieran que en vez de dedicarnos a combatir al enemigo desperdiciamos nuestras energas en una insulsa diatriba entre hombres y mujeres?

La muchedumbre masculina, los rostros alzados hacia las gigantescas pantallas donde apareca la imagen del Almirante, escuchaban la filpica de don Miguel ngel. Este, desde las pantallas, pase su mirada por el mar de cabezas levantadas hacia l.

-Volved ahora a vuestras casas -termin diciendo el almirante Aznar -. Hacedlo por m, siquiera sea para demostrarme que todava cuento con vuestro aprecio. Yo os prometo que si algunas irregularidades y abusos de autoridad se han cometido por las seoras que ejercen el mando, esto no volver a repetirse.

Un breve silencio sigui a las ltimas palabras del Almirante. De

pronto se escuch un grito:

-Viva nuestro Almirante!

Un rugido de entusiasmo contest. Los vivas atronaron los mbitos de la grandiosa Plaza de Espaa y la profunda hendidura que formaban las filas de rascacielos a lo largo de las avenidas. Los gritos continuaron durante mucho rato. Luego, lentamente, la multitud se fue dispersando, afluyendo mansamente por las avenidas adelante para disolverse en las calles que como hilos de una tela de araa unan las avenidas radiales que arrancando de la Plaza de Espaa, se distanciaban unas de otras para ir a morir en los lejanos suburbios.

En el despacho de Irene Polaris, junto a la ventana desde la cual el almirante Aznar haba pronunciado la alocucin, la suprema autoridad de "Valera" estrech la mano del viejo caudillo.

-Gracias, Almirante. Acaba de quitarme usted un gran peso de encima. Verdaderamente, me hubiera apenado mucho tener que disolver esa manifestacin con bombas de gases lacrimgenos.

-Las gracias a usted, seorita Polaris -contest el seor Aznar sonriendo -. Ya ve que he abusado un poco de su generosidad prometiendo a los revoltosos que no volveran a cometerse injusticias ni irregularidades. Espero que no me dejar usted en mal lugar.

-Cmo sabe que se han cometido abusos e irregularidades? -pregunt Irene entre irnica y contenta.

-Todos los que hemos mandado en "Valera" las cometimos alguna vez o nos acusaron de cometerlas. Cuando yo era Almirante Mayor sola decirse que protega especialmente a los Aznar en perjuicio de los Balmer. Luego, los Balmer nos expulsaron a los Aznar del autoplaneta. La verdad es que un Almirante Mayor no puede despojarse de su condicin humana ni dejar sentir simpatas hacia unos u otros. Me basta mi experiencia para comprender que, siendo usted mujer y estando formado por mujeres el Alto Estado Mayor, las damas han sido favorecidas en detrimento del elemento masculino de "Valera".

-Seguramente ha ocurrido as -murmur Irene enrojeciendo ligeramente bajo la penetrante mirada del caudillo. Y agreg: - Prometo hacer un esfuerzo para ser ms imparcial en adelante.

.

CAPITULO IV.

.

Miguel ngel Aznar daba constantes vueltas en su lecho sin lograr conciliar el sueo. La familia Aznar, despus que el "Superalmirante" hubo pronunciado su histrica alocucin dirigida a los manifestantes congregados ante el Palacio Residencial, haba sido conducida a los mismos departamentos que ocupaba cuando el padre de Miguel ngel,

siglo y medio ms joven, era el Comandante en Jefe del autoplaneta y diriga la campaa contra el Gran Todd, Emperador de Nahum, Seor de los Cielos y los Planetas.

La cena de aquella noche, en la intimidad familiar de aquellas habitaciones, haba sido un constante y emocionado recordar de los miembros ms viejos de la familia.

A Miguel ngel, que haba nacido en la Tierra, aquellas habitaciones no le decan nada, excepto que se encontraba en el sitio donde tantas veces deseara estar. Esto, en realidad, bastaba y sobraba para tenerle excitado a altas horas de la madrugada.

La atmsfera cargada de recuerdos familiares que respiraba a su alrededor, el discurso de su padre ante los valeranos, su llegada al autoplaneta, el nerviosismo de la batalla sideral en que l mismo tuvo que intervenir con su escuadrilla de "Omegas" para salvar a la Armada Sideral Expedicionaria de un desastre completo, los planes y proyectos de la campaa que empezarla en breve el pasado, el presente y el futuro, giraban mezclados en torbellino entre las paredes del crneo del joven Almirante confabulndose para impedirle dormir.

Hasta que, finalmente, cansado e irritado consigo mismo, Miguel ngel salt de la cama, se visti y abandon las habitaciones de la familia dispuesto a subir a la azotea para respirar aire puro y refrescar su calenturienta cabeza.

Al salir al pasillo, una de las dos mujeres soldados que montaban la guardia le sali al paso preguntndole con amabilidad si necesitaba alguna cosa.

-Slo necesito que me indiquen la salida hacia el ascensor -contest Miguel ngel -. Deseo subir a la azotea a tomar el fresco.

La mujer -soldado le acompa hasta la cabina de un ascensor, la abri y cerr la puerta y hasta oprimi por si misma el botn del puesta en marcha. Breves instantes despus el ascensor se detena y las puertas se abran automticamente.

El joven Almirante ech a andar por la terraza, la cual tena las dimensiones de un estadio de los ms grandes. No le extra ver en la azotea gran nmero de aerobotes que llevaban pintados en las portezuelas las barras y las estrellas de los generales y almirantes que eran sus usuales usufructuarios.

La Almirante Mayor, al despedirse del seor Aznar y la familia de ste por aquella noche, se haba lamentado de no poder invitarles a su mesa porque tena que asistir a una reunin urgente del Estado Mayor General de las Fuerza Armadas Expedicionarias.

Miguel ngel Aznar consult su reloj de pulsera, que aquella misma noche haba puesto a hora de "Valera". La reunin de los altos jefes del Ejrcito y la Armada duraba ya cinco horas. Eran las tres de la madrugada.

El joven pase a lo largo del parapeto dando una vuelta completa a la terraza mirando hacia afuera y complacindose del fresco y la quietud de la noche. La noche de "Valera", como todas las cosas de este sorprendente mundo, era tambin un artificio maquinado por el hombre.

Sobre su cabeza, Miguel ngel poda ver un disco plateado que brillaba con un haz suave, plida y uniforme, difundiendo una vaporosa claridad semejante al potico resplandor de la Luna que los habitantes de la Tierra velan brillar en el firmamento nocturno de su planeta.

Este globo que Miguel ngel vela en la vertical, a ms de mil kilmetros de altura y a travs de unos cien kilmetros de atmsfera, era la "luna" de "Valera". Una Luna muy original, que no tena semejanza con ninguna otra del Universo, porque sta era obra del ingenio humano y tena adems una doble personalidad: de Luna y de Sol.

Aquella lmpara gigantesca, que alumbraba por igual a un tiempo a todos los habitantes de "Valera", permaneca fija y esclava de las fuerzas gravitatorias que tiraban de ella en todos sentidos en el centro del inmenso espacio hueco del interior del planetillo. A su alrededor se extendan las tierras, los mares, las montaas, los bosques y las populosas urbes de "Valera" cubriendo toda la concavidad esfrica de la enorme bola hueca.

Siendo este sol una lmpara artificial creada por el hombre, el Hombre se haba reservado el derecho de tenerla esclava de su capricho pudiendo atenuar su luz, hacerla ms potente, cambiarla de composicin o apagarla completamente si lo deseaba.

Los valeranos, a fin de reglamentar su existencia a bordo de este autoplaneta gigantesco, haban seguido las costumbres de la Tierra dividiendo la jornada en veinticuatro horas. As, durante doce horas seguidas, el gran fanal suspendido sobre las cabezas de los valeranos brillaba con luz amarilla y fuerte que hacia evaporar el agua de los mares y pona en actividad la maquinaria de la vida vegetal.

Todas las "tardes", a las 7'30, el sol artificial de "Valera" empezaba a perder su lumnico vigor. El crepsculo artificial duraba media hora y a las ocho brillaban las luces elctricas de las ciudades, lujo extravagante y costoso del cual hubieran podido prescindir muy bien los valeranos, pero del cual se negaban a prescindir por razones sentimentales que le aproximaban ms al mundo natural del cual eran originarios.

Durante media hora, la oscuridad era total en todo el autoplaneta a excepcin de las ciudades que se iluminaban con los focos elctricos. A las 8'30, los valeranos velan brillar sobre sus cabezas un disco plateado que iba cobrando vigor con lentitud. Era el sol que ahora hacia los oficios de Luna. Hasta las cinco de la madrugada, la "Luna" brillaba en el cielo de "Valera" difundiendo la luz suave y apacible. A esta hora se apagaba de golpe. Sobrevena otra media hora de total

oscuridad, anuncio del nuevo "da" que no tardara en amanecer.

A las cinco y media de la maana, desde el cnit valerano, el sol artificial empezaba a lanzar sus dbiles y acariciadores rayos. La cndida naturaleza, las bestias y las plantas, despertaban al nuevo da ignorantes del engao de que eran objeto. Y con los trinos de los pjaros y la fragancia de las flores y los bosques, el nuevo da de "Valera" comenzaba.

Y as una vez y otra, un da y otro, ao tras ao, siglo tras siglo

Desde el parapeto de la azotea, Miguel ngel Aznar sonri con melancola lanzando su mirada sobre el majestuoso panorama de esbeltos rascacielos y avenidas radiales cuajadas de luces que formaban interminables hileras hasta perderse en la distancia con dbiles parpadeos. Este era el "Valera" que l haba imaginado, el mismo "Valera" de sus abuelos ms remotos, el de ayer, el de hoy y el de siempre. Un "Valera" medio infantil, medio guerrero, un mundo dentro de otro mundo, un mundo que le sobrevivira a l como haba sobrevivido a mltiples generaciones que en l vivieron, amaron, lucharon y a veces sufrieron

La imaginacin de Miguel ngel remontaba el vuelo y escapando del slido caparazn de "Valera" se lanzaba a los campos abiertos de la fantasa cuando un rumor de pasos, de voces y de portezuelas que se abran y cerraban le devolvi a la realidad.

Los ascensores acababan de subir en silencio y volcaban en la azotea el contenido humano de sus cabinas. Almirantes que vestan rojas casacas y calzones azules. Generales del Ejrcito con sus brillantes uniformes verdes y sus relucientes cascos rematados con penachos de multicolores plumas, salan en grupos de los ascensores y se dirigan en busca de sus navecillas.

Todo eran mujeres. Hablaban en voz alta, excitadamente. Dos de ellas pasaron bastante cerca de Miguel ngel cuando se dirigan en busca de una lujosa fala, cuyos cristales y cromados chisporroteaban bajo la luz de la "Luna".

-Bastantes cosas hemos aguantado en nombre de la unidad poltica de nuestro matriarcado -deca una de ellas -. Irene Polaris puede escoger entre suicidarse o dimitir su cargo, a m me es indiferente. Lo que s le aseguro a usted es que no aguardar ms de la salida del sol. Si para entonces no ha entregado la renuncia, marchar sobre la ciudad con mi divisin acorazada y la obligar a saltar de su silla.

-Y a quin pondremos en lugar de Irene, mi General?

-contest la otra -. La verdad es que no hemos podido ponernos de acuerdo acerca de quin debe sucederle. Quin ms, quin menos

El resto de la conversacin no pudo orlo Miguel ngel. No obstante haba escuchado lo bastante para formarse una idea del carcter tempestuoso de la reunin que acababa de terminar. All, en una

atmsfera tensa, cargada de reproches, las seoras Almirantes y Generales del Alto Estado Mayor, haban decidido que alguien tenia que pagar los tiestos rotos, y nadie ms indicada para servir de victima que la Almirante Mayor.

Las Almirantes y Generales, despus de conversar en grupos junto a las portezuelas abiertas de sus aparatos, se separaron y montaron en sus navecillas para elevarse y partir con rumbos diferentes.

Al cabo de un rato la azotea qued completamente desierta. Miguel ngel Aznar reanud su paseo dando otra vuelta completa a lo largo del parapeto. Aunque intent unir el cortado hilo de sus reflexiones anteriores a la salida de las seoras jefes del Estado Mayor no pudo conseguirlo. Pensaba en aquella Irene Polaris, victima circunstancial de un fracaso del que quiz no fuera la nica, ni siquiera la principal culpable. Dimitirla?

Paseando, Miguel ngel volvi de nuevo cerca de la lnea de ascensores. All, apoyada de codos en el parapeto con la mirada perdida en la maravillosa perspectiva de la ciudad, vio una figura humana que deba haber llegado mientras l se encontraba en el extremo opuesto de la terraza.

Ella, al escuchar el apagado rumor de los pasos, se irgui sobresaltada. Era Irene Polaris, la Almirante Mayor. Miguel ngel la reconoci bajo la luz de la "Luna" y se detuvo.

-Hola! -dijo un poco sorprendido.

Ella vesta unos calzones azules con franja amarilla en las costuras, muy ceidos a sus esbeltas y bien torneadas piernas. Iba sin chaqueta y llevaba las mangas de la camisa arremangadas por encima del codo.

-Hola -murmur con voz apagada -. Es usted?

-No poda dormir. Sal a tomar el aire -dijo Miguel ngel.

Miguel ngel vacil un instante entre marcharse o quedarse all. Se decidi por lo ltimo, aun a riesgo de parecer inoportuno. Irene Polaris le interesaba, y crea que quiz ella estuviera necesitando en este momento de algn consuelo.

-Mucho ha durado esa conferencia -dijo a modo de insinuacin -. Qu es lo que trataron en ella?

-Mis colegas trataron de persuadirme para que dimitiera mi cargo.

-Quiere decir que no lo consiguieron?

Ella se pas una de sus blancas manos por la calenturienta frente.

-No s. Estoy en un mar de confusiones -murmur. Y luego, tras una breve pausa, volvi su plido rostro hacia el terrcola: - Usted qu cree? Debo dimitir?

-Yo creo que si el Almirante Quesada fue destituido con todo su Estado Mayor por haber perdido la primera batalla contra los nahumitas, ni usted ni su Alto Estado Mayor, tienen excusa para gozar de mejor suerte. Quesada, al menos, salv a la mitad de una escuadra

que era la mitad de numerosa que la de ustedes.

En la palidez de su bello rostro, las pupilas oscuras de la Almirante Mayor relampaguearon un segundo.

-Apuesto a que le gustara a usted verme destituida -dijo.

Miguel ngel Aznar se encogi de hombros.

-No se trata de una cuestin personal -asegur -. Pero si algn da tuviera yo que verme metido en una batalla contra los nahumitas, preferira hacerlo bajo las rdenes de un jefe ms competente.

-No tema -dijo ella irguindose con altivez -. Jams se ver en el penoso deber de entrar en combate bajo mis rdenes.

Y girando sobre sus talones se dirigi rpidamente hacia uno de los ascensores.

Miguel ngel, arrepentido de su propia crudeza, se qued inmvil siguindola con la vista mientras ella se alejaba y entraba en el ascensor. Las puertas del aparato se cerraron, se oy un leve zumbido, y la cabina se hundi en el pozo.

El terrcola volvi a acodarse en el parapeto. Trat de imaginar el estado de nimo de la Almirante Mayor; su humillacin ante la derrota sufrida, su depresin moral, su sentimiento de responsabilidad por los cinco millones de bajas habidas en el combate

"Pobre muchacha!", se dijo.

Y se pregunt qu hara ella al fin. Dimitirla? Esto era lo que esperaban sus colegas del Estado Mayor General. Las palabras de aquella General de una divisin acorazada resonaban an en los odos de Miguel ngel: "Irene Polaris puede escoger entre suicidarse o dimitir su cargo, me es indiferente".

Cun feroz impiedad encerraban aquellas palabras! Miguel ngel se pregunt si Irene Polaris sera capaz d suicidarse. Lo sera?

"Cielos, si!", se dijo. "En su estado de nimo es capaz de cualquier locura".

E inspirado por un terrible presentimiento, Miguel ngel se puso en marcha hacia la batera de ascensores. Lamentaba sinceramente haber sido tan rudo con Irene Polaris. El, al acercarse a ella, haba pensado que quiz necesitara de algn consuelo. Esto era precisamente lo que ella necesitaba. Pero cmo le haba hablado l? Lejos de tranquilizarla, lo que haba hecho fue contribuir a su excitacin y desconcierto. Quiz fuera muy penoso para ella renunciara su cargo. Y en tal caso, sus palabras, "jams se ver en el penoso deber de entrar en combate bajo mis rdenes", slo poda tener un significado.

El ascensor estaba ya en marcha hacia el piso reservado a habitaciones particulares de la Almirante Mayor. Era el mismo piso donde estaban las habitaciones de la familia Aznar. Al terrcola le pareci que el ascensor tardaba una eternidad en detenerse.

Sali del ascensor lanzado como un cohete, estando a punto de

derribar a dos muchachas uniformadas que le miraron entre sorprendidas y recelosas. Las mujeres -soldado que eran altas y robustas, alargaron a un tiempo las manos y le retuvieron por ambos brazos.

-Alto, joven! -dijo una de ellas -. Adonde va con tanta prisa?

Miguel ngel les explic brevemente quin era y agreg:

-Tengo que alcanzar a doa Irene. Estuve hablando con ella arriba, en la terraza, y por las cosas que dijo temo que vaya a cometer un disparate.

-Qu clase de disparate? -le preguntaron secamente las mujeres.

-Puede que haya pensado suicidarse.

Las dos soldados cruzaron entre si una mirada de alarma.

-Realmente, pareca muy excitada -dijo una de ellas.

Y la otra agreg:

-No debimos abandonar la guardia, ni siquiera despus que ella nos lo orden. Corramos!

Los tres se lanzaron a la carrera por un ancho pasillo. Al llegar ante las grandes puertas de doble hoja que conducan a las habitaciones particulares de la Almirante Mayor, las muchachas se detuvieron indecisas.

-Vamos -dijo Miguel ngel. Y empujando la puerta entr.

Las dos mujeres -soldado, animadas por la resolucin del terrestre, le siguieron a travs de un suntuoso vestbulo hasta una puerta entornada por cuyo resquicio sala un rayo de luz. A ltima hora, temiendo pecar de precipitado, Miguel ngel atisb por la abertura de la puerta sin atreverse a entrar.

Irene Polaris estaba de espaldas a la puerta, ligeramente inclinada sobre una lujosa mesa de madera tallada, y moviendo las manos como si manipulara algo que no se alcanzaba a ver desde la puerta. El terrcola vacil un instante y en este instante, Irene Polaris levant un brazo doblado hasta la altura del pecho.

Miguel ngel slo vio en una fraccin de segundo la pistola que empuaba. Dando un salto hacia adelante empuj la puerta y entr gritando:

-Seorita Irene!

Ella se estremeci sobresaltada al mismo tiempo que sonaba el disparo fatal. Cay hacia adelante, dndose un fuerte golpe contra la mesa antes de derrumbarse y rodar por el suelo.

Lanzando una ronca exclamacin, Miguel ngel Aznar corri hasta ella arrodillndose en el piso. Irene Polaris haba quedado boca arriba con los ojos cerrados. En la mano derecha empuaba una antigua, si bien que mortfera pistola automtica del siglo XX. En la pechera de la blanca camisa que vesta, debajo del seno, se ensanchaba una mancha desangre.

Rpidamente, el Almirante le tom una mueca en busca del pulso. Percibi el dbil latido del corazn bajo la yema de su nervioso y sensitivo pulgar.

-Llamen a un mdico! -grit a las plidas y contritas mujeres que se inclinaban sobre la suicida -. Todava vive!

Una de las fornidas muchachas sali atropelladamente del despacho. La otra corri hacia un aparato televisor instalado junto a la mesa. Mientras tanto, lleno de angustia, Miguel ngel contemplaba el bello y plido rostro de Irene Polaris. Se senta responsable de aquel desdichado accidente. Y aunque Irene Polaris era todava una extraa para l hacia solamente unas horas, dese ardientemente que la herida no fuera fatal y pudiera salvarse.

-"Seor, slvale la vida a esta desdichada! -murmur entre dientes.

Y su ruego fue escuchado. Un minuto ms tarde, un excitado grupo de mujeres entr en el despacho. La doctora se inclin sobre el cuerpo exnime de Irene Polaris, la examin rpidamente y le aplic el estetoscopio.

-Llvenla al quirfano deprisa -orden incorporndose -. Podremos salvarla. La bala no le toc en el corazn, pero le atraves un pulmn.

Miguel ngel Aznar exhal un hondo suspiro de alivio.

.

CAPITULO V.

.

Era al filo del medioda cuando Miguel ngel Aznar se despert. En el primer momento mir con extraeza a su alrededor. Luego, al recordar que se encontraba a bordo del autoplaneta "Valera", sinti una profunda alegra que le retozaba en el corazn.

Acto seguido record el desgraciado intento de suicidio de Irene Polaris, y aquello le entristeci. Se dijo que habra que telefonear a alguna parte preguntando por el estado de la Almirante Mayor.

Poco despus, mientras se vesta, mir por la ventana hacia la Plaza de Espaa y la vio completamente ocupada por varios centenares de "tarntulas" robot y una formidable parada de soldados autmatas que parecan aguardar en correcta formacin.

Apresurndose, Miguel ngel abandon su alcoba para ir a reunirse con su familia. Su padre y su to Jos Luis estaban cmodamente repantigados en un divn frente a un televisor en marcha.

-Qu ocurre? -pregunt Miguel ngel -. A qu viene esa parada de autmatas frente a Palacio?

-Han ocurrido algunas cosas -dijo el anciano "Superalmirante" cerrando el televisor -. Esta maana, cuando los madrileos despertaron, se encontraron que el Ejrcito tena rodeada a la ciudad y avanzaba

hacia la Plaza de Espaa. Poco despus de las diez se present sobre Nuevo Madrid una Divisin Sideral. La almirante Rolan, al frente de un grupo de altos jefes del Estado Mayor General, lleg a este edificio y se person en las habitaciones de la Almirante Mayor, seorita Irene Polaris. Como sta no se encontraba en condiciones d firmar su dimisin, el Estado Mayor decidi interpretar su intento de suicidio en el sentido que renunciaba al mando y nombr una Junta Militar provisional encabezada por la almirante Rolan para que proceda a la eleccin de una nueva Almirante Mayor.

Miguel ngel hizo una mueca de disgusto.

-A qu diablos viene tanta prisa por nombrar una nueva Almirante Mayor? -refunfu -. Es que esas seoras no pueden aguardar siquiera a que la seorita Polaris est en condiciones de expresar por si misma si realmente desea renunciar o continuar en el mando?

-No creo que a esas seoras les importe mucho lo que la seorita Polaris pueda decir -contesto el general Balmer -. Tanto si le gusta como si no, el Estado Mayor ha decidido echarla.

-Puede hacerlo? -pregunt Miguel ngel.

-Segn establecen las Ordenanzas -contest el viejo almirante Aznar -nadie puede destituir a un Comandante en Jefe que ha sido nombrado por el Gobierno, a excepcin del mismo Gobierno. Eso es lo que dicen las Ordenanzas. Sin embargo, en la prctica, un Comandante en Jefe no puede sostenerse en su puesto cuando tiene en contra a su Estado Mayor General. El Ejrcito y la Armada pueden presionar sobre un Almirante Mayor y obligar a ste a entregar su dimisin. En este caso, el Estado Mayor General est facultado para designar un nuevo Comandante en Jefe, que ser siempre un comandante en Jefe provisional hasta en tanto el autoplaneta no rinda viaje en los Planetas Confederados y sea confirmado en su cargo por el Gobierno.

-Si un Comandante en Jefe de "Valera" nombrado por el Gobierno Confederado no puede ser destituido sino por el propio Gobierno, ocurre lo mismo con un Comandante en Jefe que ha sido designado por el Estado Mayor General? -Un Estado Mayor puede designar a un Comandante en Jefe, pero no puede destituirlo a su antojo.

-as pues, la seorita Polaris sigue siendo la legitima Almirante Mayor mientras no firme una renuncia?

-Desde luego, lo es y seguir sindolo mientras no presente su dimisin.

Miguel ngel permaneci unos momentos pensativo.

-Yo creo que a nosotros nos conviene que la seorita Polaris contine de Comandante en Jefe -murmur.

-Por qu? -Contest el seor Aznar -. A nosotros nos es completamente indiferente. No hemos venido a mezclarnos en politiqueras ni conspiraciones de Estado Mayor. Nosotros hemos venido a luchar contra el Imperio Milenario de Nahum y Por cierto, que vamos a

almorzar temprano para ir en seguida a ver cmo anda el desembarco de nuestra maquinaria. Montar esas instalaciones y empezar a fabricar en seguida grandes cantidades de proyectores de "luz slida" es lo nico que ahora interesa. No merece la pena hablar de nada ms.

Miguel ngel, que como el resto de la familia respetaba religiosamente al autor de sus das, no os protestar ni siquiera pronunciar ninguna nueva insinuacin. Almorzaron. Luego, el seor Aznar, el general Balmer, Miguel ngel y su sobrino Miguel ngel Otero, subieron a la azotea del edificio para embarcar en un aerobote y volar seiscientos kilmetros hasta el ptreo desierto donde iban a montarse las nuevas instalaciones industriales para la fabricacin de proyectores de "luz slida".

Un nutrido grupo de cientficos, tcnicos e ingenieros terrcolas que haban desembarcado aquella maana del autoplaneta "Ascrea", se encontraba ya en el punto escogido para emplazar las nuevas instalaciones y discuta con otro grupo de seoras ingenieros, tcnicos y cientficos valeranos sobre el terreno.

No lejos de donde los ingenieros terrcolas y valeranos trazaban planos y proyectos se levantaba a modo de una meseta arenosa de unos cien metros de elevacin, que no era ms que una de las gigantescas compuertas de uno de los tubos que comunicaban el interior hueco del planetillo con la superficie exterior del mismo. Con cronomtrica regularidad, cada diez minutos, sala por la boca de este enorme tubo un buque de transporte que en seguida recobraba la horizontal e iba a posarse en el desierto.

De estos grandes buques, las brigadas de trabajadores descargaban millares de cajas de todas formas y tamaos que iban a formar grandes pirmides alrededor de la boca del tubo de comunicacin.

Estas cajas aunque distintas entre si en forma y tamao, estaban hechas del mismo material traslcido y resistente parecido a cristal. Todas contenan diversas piezas de maquinaria, y muchas, mquinas completas que parecan de juguete. En realidad tratbase de mquinas verdaderas que haban sido "comprimidas", reducidas de tamao por un complicadsimo procedimiento cientfico -industrial que consista en forzar la aproximacin de los tomos constitutivos de la materia, anulando la mayor parte de los espacios vacos existentes entre los electrones y su ncleo.

Procediendo a la inversa, o sea devolviendo a la materia el espacio intramolecular que se le haba arrebatado, las mquinas tratadas por este procedimiento volvan a recobrar su tamao natural sin haber experimentado el menor dao ni deterioro, quedando listas para ser utilizadas de nuevo.

Gracias a este sistema, las mquinas ms grandes podan ser reducidas a una escala miles de veces menor y ser manejadas con toda facilidad,

porque al ser "comprimidas" se autoinducan elctricamente perdiendo peso en la misma proporcin que se empequeecan. Esto haba permitido a los expatriados terrcolas desmontar sus gigantescas y costosas instalaciones industriales y almacenarlas en cajas como si se tratara de juguetes, transportndolas con gran economa de espacio a bordo de un solo autoplaneta hasta este lejano Nahum donde "Valera" se enfrentaba impotente contra las poderosas fuerzas del Imperio Milenario Nahumita.

Cuando los Aznar llegaron al desierto, un equipo de televisin estaba tomando y retransmitiendo para los televisores -receptores de todo "Valera" las escenas de este singular desembarco. Porque aunque la accin material de descargar y amontonar cajas fuera aburrida y poco original, lo interesante de la operacin consista en la importancia de la calidad de este material, el cual iba a permitir a los valeranos tomar revancha del Imperio Milenario de Nahum.

Mientras su padre charlaba con los ingenieros, Miguel ngel observ con el rabillo del ojo a un grupo de tres hombres jvenes que haban descendido de un automvil y daban vueltas por all como esperando algo.

Lo que estos hombres estaban esperando result ser una oportunidad para acercarse al viejo "Superalmirante". Cuando esta oportunidad se ofreci, el que pareca dirigir el pequeo grupo se adelant resueltamente y se present:

-Buenas tardes, Almirante. Mi nombre es Amadeo Quesada. Cmo est usted?

El seor Aznar, un poco sorprendido, estrech la mano que le tenda Quesada y salud con un ligero movimiento de cabeza a los otros dos hombres.

-Acaso es usted hijo o pariente del viejo almirante Quesada? -pregunt el seor Aznar.

-Soy su hijo, seor. Podemos hablar unos instantes con usted?

El almirante indic con un ademn que poda hablar. Quesada empez diciendo que se haba alegrado enormemente cuando el da anterior vio aparecer en las pantallas de televisin pblicas la imagen del almirante, al que todos aqu daban por muerto all en la lejana Tierra. Quesada, que era comandante de la Armada Sideral Valerana, se encontraba entre los manifestantes y haba sido uno de los que animaron a la multitud a disolverse pacficamente, tal y como el almirante les rog al final de su alocucin.

-Se lo agradezco mucho -dijo el seor Aznar -. Dieron ustedes muestras de poseer gran sentido comn al disolverse sin ms protestas.

-Almirante -contest Quesada -. He credo que deba venir a verle porque sospecho que no se da usted completa cuenta del gran significado de este hecho. Sin su intervencin, nosotros hubiramos

asaltado ayer el Palacio Residencial a cualquier precio. Estbamos decididos a hacerlo. Si nos detuvimos fue porque usted nos lo pidi as.

-Y bien?

-El hecho de que ayer nos detuviramos no significa en modo alguno que hayamos renunciado a reivindicar nuestros derechos. Usted es un recin llegado a "Valera" e ignora el verdadero estado de cosas. De lo contrario no hubiera incurrido en la irona de prometer que no se cometeran nuevos abusos de la autoridad. La verdad es que aunque dejaran de cometerse en adelante, la posicin del elemento masculino no podra mejorar antes de medio siglo. En cuarenta y siete aos de dominio, las seoras han tenido tiempo de sobra para copar todos los caminos que conducen a la jefatura suprema. Mreme a m. Cuando obligaron a dimitir a mi padre hace cuarenta y siete aos, yo acababa de ascender a capitn de fragata. Desde entonces, aunque no he deseado permanecer en el servicio activo slo he logrado ascender al grado inmediato superior! Y no vaya a creer que mi caso es nico. Empezando por las academias militares, donde slo un hombre por cada diez mujeres es admitido, y terminando en el Almirantazgo, donde puede usted contar con los dedos de las manos los contraalmirantes y vicealmirantes masculinos, las damas lo dominan y acaparan todo, lo mismo si se trata de la Milicia que de la Administracin, la ingeniera, la astronoma o los premios literarios.

El seor Aznar, que haba tomado asiento en una roca, levant sus ojos hasta el acalorado rostro del comandante Quesada.

-Me sorprende usted, amigo. Nunca hubiera sospechado que el movimiento feminista pudiera triunfar como lo ha hecho -asegur. Y luego, tras una breve pausa, pregunt -: Pero por qu viene usted a contarme todo esto?

-Usted debe haberlo comprendido, Almirante. Esta mascarada ya dura demasiado. Tenemos que terminar con este absurdo matriarcado o todos al fin acabaremos volvindonos locos. La batalla de ayer demostr hasta qu punto la presuncin e ineptitud femenina es capaz de hundirnos en un desastre. No quiero decir que todos los jefes femeninos sean malos, pero ms de la mitad debieran estar fregando la cocina en vez de ir por ah presumiendo de estrellas y entorchados. Por desgracia, esas damas son las que con ms tesn se agarran a sus altisonantes cargos. Ser necesario una fuerte sacudida, para arrancarlas de sus puestos, y nosotros hemos pensado que nadie tan indicado como usted podra hacerlo maana mismo. Si usted quisiera acaudillar nuestro movimiento

-Lo lamento mucho, Comandante -le interrumpi el seor Aznar -. No he venido a dirigir revoluciones, sino a procurar que el Imperio de Nahum abandone su abominable costumbre de procurarse la inmortalidad por el sistema de ir trasladando cerebros de cuerpos

viejos a otros cuerpos jvenes.

-Almirante. Yo creo que nuestro movimiento podra triunfar sin menoscabo de nuestra victoria. Si usted quisiera

-No quiero, esa es la cuestin -le interrumpi el seor Aznar ponindose de pie. Y mirando hacia el grupo de ingenieros agreg -: Disclpeme, Comandante. El profesor Ferrer me hace seas para que vaya He tenido mucho gusto en conocerles. Buenas tardes, caballeros.

Y con un seco movimiento de cabeza, el anciano "Superalmirante" se alej seguido a corta distancia del general Balmer y su nieto, Miguel ngel vacil un momento y cuando se dispona a seguirles fue retenido por el comandante Quesada.

-Perdone, seor No es usted el Almirante Aznar hijo de nuestro querido "Superalmirante"?

-Lo soy, en efecto -contest el joven.

-Temo que su seor padre haya formado una mala opinin de m. Yo quisiera hacer constar que si he venido en su busca y le he hablado como lo he hecho no ha sido por cuenta propia, sino expresando el parecer y el deseo del elemento masculino de "Valera", al cual represento.

-Estoy seguro que pap lo ha entendido as -dijo Miguel ngel tranquilizando a Quesada con una sonrisa -. Le suplico que no interprete su actitud como un desaire. Mi padre ha vivido mucho, se siente cansado y no desea en modo alguno verse mezclado en revueltas y conspiraciones. Adems; tengan en cuenta que hizo firme promesa de no volver a ocuparse de los asuntos pblicos.

Amadeo Quesada se qued mirando a Miguel ngel con los prpados entornados en actitud pensativa.

-Pero usted es joven -apunt -. Probablemente tiene aspiraciones y no hizo ninguna promesa de mantenerse apartado de los asuntos pblicos.

-Es cierto -respondi Miguel ngel con una sonrisa -. Soy tan ambicioso como cualquier hijo de la familia, y nunca hice promesa de no ocuparme de los asuntos pblicos.

Los ojos de Quesada brillaron con sbita animacin.

-Me parece que usted y yo vamos a entendernos con facilidad -asegur -. Le gustara ser promovido a Almirante Mayor?

-Cielos, s! -exclam Miguel ngel riendo.

-Usted ha escuchado todo lo que le he dicho a su padre. Quiere ocupar el puesto que l rechaza y acaudillar nuestro movimiento?

-Cielos, no! -exclam el joven sin dejar de rer.

Quesada le mir arrugando el ceo.

-No le comprendo -murmur.

Y Miguel ngel contest.

-Hay una ltima razn por la cual mi padre jams admitira la jefatura

de ese movimiento. Y es que cualquier movimiento que vaya dirigido contra el Mando legalmente instituido se convierte automticamente en motn. Yo no deseo convertirme en rebelde, seor Quesada, Es lgico que haya soado alguna vez en llegar a Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Valeranas, porque todos los jefes que mandaron este autoplaneta fueron antepasados mos. Y no desespero de llegar a serlo algn da, aunque jams lo intentar por otro camino que no sea el legal y estrictamente honrado.

-Temo que vaya usted a cansarse de esperar si confa en llegar a Almirante Mayor por ese conducto -dijo Quesada, malhumorado.

-Por qu es usted tan pesimista, Comandante? -pregunt Miguel ngel sonriendo.

Y Quesada contest:

-Tambin usted se sentir pesimista cuando se cerciore por s mismo de la solidez de la posicin feminista. Y quiz entonces cambie de opinin. Si esto llegara a ocurrir algn da

-Ir a buscarle personalmente, de acuerdo -concluy Miguel ngel tendindole la diestra -. Buenas tardes, caballeros. Ha sido un verdadero placer llegara conocerles.

Los tres hombres le estrecharon la mano, contritos y defraudados. Miguel ngel fue a reunirse con su padre, el cual le pregunt qu haba estado hablando con Quesada.

-Simplemente me propusieron reemplazarte en el caudillaje que t hablas rechazado -contest el joven.

-Supongo que rechazarlas su proposicin.

-as lo hice -contest Miguel ngel. Y no se habl ms del asunto.

Poco despus se encaminaban hacia la aerofala y embarcndose en ella remontaban el vuelo emprendiendo el regreso a Nuevo Madrid.

Ya en la capital y fin Palacio, al salir del ascensor, Miguel ngel Aznar cedi al impulso que le haba estado torturando toda la tarde y tomando el pasillo que la noche anterior recorri a la carrera, fue a preguntar por el estado de salud de la Almirante Mayor.

Contrariamente a lo que esperaba no encontr a nadie en el corredor ni dentro, en el vestbulo. Solamente a una mujer mdico y un par de ordenanzas igualmente femeninos.

-Su Excelencia se encuentra muy bien -asegur la doctora contestando a la pregunta de Miguel ngel -. Ha reparado fuerzas en un sueo de varias horas y ahora parece ms animada.

-Podra pasar a verla?

La doctora vacil y luego entr en la alcoba de la Almirante Mayor. Al reaparecer breves instantes despus hizo una sea afirmativa a Miguel ngel y le recomend en voz baja:

-Slo cinco minutos, comprende?

El terrcola entr en una habitacin grande, cmoda, sobriamente

decorada con aqul gusto un poco monacal y otro poco brbaro que sola presidir las edificaciones ms antiguas de "Valera". Al fondo, en una enorme cama, su Excelencia la Almirante Mayor le sonrea dbilmente hacindole seas para que se acercara.

-Cmo se encuentra usted, Excelencia? -pregunt Miguel ngel inclinndose ligeramente hacia ella.

-No sea tan ceremonioso -contest la joven un poco bruscamente -. Ayer me llamaba usted simplemente seorita Polaris, y creo que incluso hubo un momento en que me llam Irene a secas.

Miguel ngel enrojeci. Ella le mir fijamente.

-Me han dicho que fue usted quien grit en el momento que yo disparaba. Su grito me sobresalt haciendo que desviara a la bala. Usted me salv la vida.

-No sabe usted cunto celebro que se haya salvado -dijo l -. Si llega a morir me habra sentido responsable de su muerte. Le habl con rudeza, all arriba en la azotea, precisamente en un momento en que usted necesitaba de la compresin y el consuelo de los dems.

Ella apart sus ojos avergonzados.

-Estaba desesperada -murmur -. No s qu demonio de orgullo se apoder de m al pensar que tenia que dimitir mi cargo y verme condenada para el resto de mi vida a ocultar mi nombre y mi personalidad como una ladrona o una asesina Me dije que no podra soportarlo y Oh, Dios mo! -gimi la mujer. Y volviendo el rostro hacia el otro lado se ech a llorar.

El terrcola, sintindose incmodo, se dispuso a abandonar la alcoba en silencio.

-Espere, no se vaya usted -le llam ella. Y se enjug las lgrimas en el embozo de la sbana.

Miguel ngel regres junto al lecho. Ella le seal una silla.

-Sintese usted, no se vaya todava. Creo que es la nica persona verdaderamente amiga que me queda en estos momentos. Muchos han preguntado hoy por mi estado de salud, pero nadie deseaba que me curara sino todo lo contrario.

-No debe usted decir eso, Irene -protest Miguel ngel. Y volvi a enrojecer al darse cuenta que la llamaba por su nombre.

Ella le agradeci esta muestra de confianza con los ojos y prosigui:

-Mis compaeras del Estado Mayor General han estado rondando por aqu todo el da, esperando con impaciencia que yo me encontrara en condiciones de poder firmar mi dimisin. Tienen prisa prisa de echarme de aqu para reemplazarme inmediatamente comprende?

-Ha firmado usted su dimisin?

-Todava no.

-Pero la firmar?

-Qu otra cosa puedo hacer? Usted mismo lo dijo anoche. Si el

almirante Quesada y su Estado Mayor fueron obligados a dimitir por haber perdido la primera batalla contra el Imperio de Nahum, ni yo ni mi Estado Mayor somos dignas de gozar de mejor suerte.

-Pero el Estado Mayor General no ha dimitido, seorita Polaris. Y no creo que piense hacerlo a pesar de ser tan responsable o ms que usted del desastre de la batalla de ayer. Sabe lo que le digo? No debe usted dimitir ahora.

Irene Polaris dilat sus bellas pupilas con expresin de asombro.

-Usted me dice eso despus de?

-Olvide lo que le dije anoche, Irene, Su dimisin, en estos momentos, no favorecerla a nadie excepto a esas ambiciosas damas que esperan a sustituirle en el mando supremo. El Estado Mayor seguirla siendo tan ineficiente como hasta ahora, y continuaran las torpes irregularidades y los abusos de autoridad que usted prometi zanjar. La fraccin masculina de "Valera" nos invit esta tarde, primero a m padre y luego a mi, a ponernos al frente del movimiento que aspira a expulsar a las seoras de los altos cargos de las Fuerzas Armadas. Si esa masa de descontentos no asalt ayer este Palacio fue porque mi padre les prometi que las cosas se arreglaran de ahora en adelante. Si esos hombres le vieran a usted destituida y al Estado Mayor en pie y siguiendo cometiendo abusos, ni siquiera mi padre podra contenerles ni evitar que estallara el ms sangriento motn de la historia de este autoplaneta.

-Y usted cree que yo puedo hacer algo para evitarlo? -balbuce Irene Polaris, ausente la mirada.

-Usted, como Almirante Mayor del autoplaneta, est facultada para ordenar destituciones y nombrar nuevos almirantes y generales. Expulse a las seoras ms indeseables del Estado Mayor y nombre en su lugar a generales y almirantes masculinos. Ese sera un paso decisivo para devolver la tranquilidad y el orden a la nacin.

-El elemento masculino creerla entonces que intentaba congraciarme con l slo por mantenerme en el cargo de Almirante Mayor.

-Nadie puede impedir que el elemento masculino piense lo que quiera. Usted demostrar ms tarde la rectitud de su proceder presentando la dimisin. Pero no la presentar hasta que se hayan corregido todos los errores y el Imperio de Nahum haya sido derrotado y puede que entonces el Estado Mayor no quiera aceptar esa dimisin.

-Oh, querr! -Asegur Irene -, Y no crea que me vaya a importar mucho. Por mi gusto renunciarla ahora mismo.

-No debe hacerlo. Su nombre sera execrado. Hgalo ms tarde y la historia le recordar como una mujer que habiendo comenzado cometiendo errores termin por corregirlos y conducir a su ejrcito a la

victoria.

Irene Polaris clav en el aniado rostro del terrcola una mirada penetrante.

-Las seoras del Alto Estado Mayor vendrn a sacarme los ojos con sus uas cuando se enteren -murmur -. Pero voy a hacerlo. La batalla de ayer dej algunos huecos en el Estado Mayor y podemos cubrirlos con almirantes masculinos. Vaya a aquella mesa y traiga papel y pluma. Le dictar la lista de los nuevos nombramientos.

Miguel ngel lo hizo como se le indicaba. -Escriba su propio nombre a la cabeza de la lista -le orden la Almirante Mayor.

El terrcola vacil, levant la cabeza y mir a Irene Polaris.

-Qu ocurre? -pregunt sta.

-Nada nada -murmur el terrcola. Y escribi su nombre.

-Escriba a continuacin el nombre de su to, don Jos Luis Balmer. Y luego los nombres de los Almirantes que hayan venido con ustedes.

Miguel ngel escribi: "General don Jos Luis Balmer. Almirante, Demetrio Mendizbal. Vicealmirante, Jess Martindale. Contralmirante, Abel Wantrous".

.

CAPITULO VI.

.

Haba pasado un mes, y todava no comprenda Miguel ngel cmo las indignadas seoras del Alto Estado Mayor no tomaron por asalto las habitaciones de Irene Polaris para asesinarla en el mismo lecho donde convaleca de su fracasado suicidio, la noche del clebre cambio de mandos.

Recordndolo ahora, Miguel ngel se sonrea satisfecho de su hbil maniobra diplomtica. Y no porque sta no entraara riesgo, pues bien poco haba faltado para que la almirante Rolan, presunta sucesora de Irene Polaris, no arremetiera con sus fuerzas contra el Palacio Residencial para tomar por la violencia el mando que se le escapaba de las manos.

Todava hoy, al cabo de un mes, la posicin de la legitima Comandante en Jefe era insegura y sumamente peligrosa. Amadeo Quesada, que ascendido a contralmirante, figuraba ahora en el Estado Mayor General, tuvo razn cuando asegur que no iba a ser cosa fcil apear a las damas de los altos puestos a donde se haba encaramado cuando la benevolencia y tolerancia de la Almirante Mayor quitaba obstculos del camino de las mujeres para ponerlos delante de los hombres.

No era cuestin de un da, ni siquiera de un ao, restablecer el orden de las cosas al justo plano de igualdad que los varones exigan.

Pero algo se haba hecho al introducir en el seno -del Estado Mayor General una minora masculina con bastante fuerza coercitiva para asegurar la imparcialidad en la distribucin de los cargos, de aqu en adelante.

Por lo pronto, el desastre sufrido por la Armada con sus cuantiosas prdidas en tripulaciones y buques, exiga la creacin de una nueva y ms poderosa Flota que empleara a multitudes de nuevos astronautas.

Para nutrir a esta moderna escuadra, con vistas a la campaa contra los "sadritas" que seguirla a la destruccin del Imperio de Nahum, las academias astronuticas haban abierto sus puertas de par en par a centenares de miles de entusiastas cadetes en donde los hombres formaban la inmensa mayora. Con el tiempo, pues, la Armada volvera a ser un Arma genuinamente masculina y estara una vez ms en condiciones de ejercer su supremaca sobre el Ejrcito y la Administracin.

Hoy, al cumplirse el mes de la derrota de la Armada Expedicionaria Terrcola, "Valera" vibraba en ardor blico que se manifestaba en todos los aspectos de la vida. Este mismo da, la -gigantesca fbrica surgida del desierto empezaba a producir sus primeros proyectores de "luz slida".

Simultneamente y en diversos puntos de aquel mundo - concha, las grandes instalaciones fabriles estaban fabricando en serie un nuevo modelo de buque de combate sideral especialmente diseado para montar gran nmero de proyectores de "luz slida".

Las enormes fbricas de torpedos "robot" estaban siendo a su vez transformadas para producir en gran serie aparatos "Omega" de propulsin lumnica, los cuales podan alcanzar en pocos minutos velocidades fantsticas. Como la rpida aceleracin de estos aparatos y su agilidad de maniobra no permita la presencia a bordo de tripulaciones humanas, los "Omegas" iran conducidos por hombres "robot" y se controlaran por radio desde grandes distancias. Estos pequeos aparatos, en cuya fabricacin se empleaban muchos de los elementos utilizados para la construccin de torpedos, estaban llamados a sustituir a los clsicos proyectiles de cabeza de combate atmica que, perfeccionados durante siglos, haban sido el arma ofensiva por excelencia desde que el hombre se lanz al espacio y libr en el espacio su primera batalla sideral.

No se construiran ms torpedos en adelante. Enjambres de metericos aparatos "Omega" formaran en el futuro las fuerzas de ataque de la Armada Sideral. Marchando en vanguardia, mandadas por control remoto desde los cruceros, estas pequeas aeronaves barreran el espacio con sus haces de rayos "slidos" y destruiran las nubes de torpedos nahumitas para caer con furia vengadora sobre el grueso de la Armada Imperial.

Miguel ngel Aznar, que haba escrito un libro sobre la nueva tctica revolucionaria del uso de la "luz slida", slo esperaba a que la industria produjera los primeros millares de aparatos "Omega" para salir con ellos al espacio y experimentar sus teoras sobre el terreno.

Mientras tanto estaba muy ocupado en mltiples tareas, tales como formare instruir a los nuevos cuadros de oficiales en las innovaciones de la moderna tctica, dar conferencias tcnicas en las academias de la Armada y procurar que los dos bandos enemigos de hombres y mujeres no se acaloraran discutiendo hasta el punto de llegar a las manos.

Cuando en medio de sus ocupaciones dispona de unas horas libres, Miguel ngel se iba con su sobrino a dar una vuelta en aerofala por los parajes de "Valera" ms clebres por su potico encanto o su significado histrico.

Por las noches iba a visitar a Irene Polaris en sus habitaciones y, a veces solos, a veces acompaados, hablaban y discutan sobre mil cosas diferentes o asistan a una obra de teatro por televisin.

Miguel ngel Aznar lleg as a conocer y estimar a Irene Polaris, y ella, a su vez, le rindi el culto de su admiracin a medida que progresaba su amistad mutua y el terrcola le abra la espita de sus confidencias. Antes de una semana, Irene se haba enamorado de Miguel ngel Aznar.

El primer sntoma de este repentino amor revisti el carcter de un acceso de celos cuando el terrcola le confes que haba tenido dos novias; una all en la Tierra, y otra en el planeta "Exilio" del sistema planetario Thorbod.

-Las quiso usted mucho? -pregunt Irene sintiendo que el diablo de los celos bailaba una zarabanda en su corazn:

-No tanto como ellas a m, si he de ser sincero -suspir Miguel ngel -. La mujer que ms he querido fue precisamente una que no correspondi a mi amor.

-Quin era?

-Una profesora de bioqumica. Muri en circunstancias trgicas en el planetillo "Obern", el satlite de Urano.

Pocos das despus de esta conversacin, Irene Polaris se encontraba completamente restablecida y en condiciones de volver a ocuparse de los asuntos inherentes a su cargo. Miguel ngel la acompa en muchos de sus viajes a las lejanas factoras donde se trabajaba activamente en la fabricacin de cruceros siderales, proyectores de "luz slida" y aparatos "Omega".

Irene Polaris se haba convertido de la noche a la maana en un personaje muy impopular. Los hombres la detestaban porque no podan olvidar que era la sucesora y continuadora de todos los abusos que en nombre de la superioridad intelectual femenina inici la almirante doa Irene Dumont. Las mujeres abominaban de ella por

considerarla una traidora a su sexo y al rgimen matriarcal instaurado por su madre. Y, todos a una, la despreciaban por no haber dimitido su cargo despus de haber perdido la batalla contra el Imperio de Nahum.

Por estos motivos y porque no ignoraba la mala voluntad de cuantos le rodeaban, Irene Polaris sufra frecuentes accesos de depresin en los que aseguraba que iba a echarlo todo a rodar y renunciar al mando. Miguel ngel Aznar, entonces, se vela en grandes apuros para apaciguarla y animarla a seguir.

El ignoraba que si Irene continuaba en el mando y no haba ido a ocultarse en el ms apartado rincn de "Valera", lo hacia nica y solamente porque estaba enamorada de l y deseaba que le sucediera en el cargo de Almirante Mayor.

"Valera", mientras tanto, permaneca inmvil en el espacio a la vista de los planetas nahumitas, desafiando a la vez las leyes de la mecnica universal y los enemigos que desde el fondo de las atmsferas de sus mundos le velan brillando en el cielo como una rutilante y a la vez poco tranquilizadora estrella.

Los valeranos, dedicados a la afanosa tarea de aprontar fuerzas, no se daban cuenta de aquello. Pero la verdad era que "Valera", con su sola presencia en el cielo de Nahum, pona nerviosos e inquietos a los Almirantes nahumitas, los cuales esperaban que se marcharla despus de la derrota infligida a su Flota Sideral, como se haba marchado cuarenta y siete aos atrs despus de la primera batalla.

Miguel ngel Aznar, que tenia en cuenta los factores psicolgicos lo mismo que los tcticos, crea que los nahumitas empezaban a preguntarse si no estaran equivocados y todava les quedaran a los aborrecidos cristianos bastantes buques siderales para confiar en la victoria.

Que los Almirantes nahumitas se sentan inseguros, se puso en manifiesto al cumplirse el mes de la llegada de Miguel ngel. La Imperial Armada de Nahum apareci inopinadamente en el horizonte y se lanz a un furioso ataque contra el autoplaneta "Valera".

El ataque, aunque inesperado, no pill de sorpresa a los defensores de "Valera". Ondulantes enjambres de torpedos se elevaron de la polvorienta superficie del planetillo saliendo al encuentro de las densas nubes de proyectiles nahumitas que venan en direccin contraria. Ni los torpedos nahumitas llegaron a la corteza del autoplaneta, ni los proyectiles de "Valera" alcanzaron a los escurridizos buques nahumitas.

Sin embargo, la batalla continu hora tras hora, consumiendo fantsticas cantidades de torpedos en la descomunal hoguera atmica alimentada por los dos bandos rivales. Qu pretendan los nahumitas con semejante derroche de torpedos?

-Quieren obligarnos a consumir todas nuestras reservas de torpedos -asegur Miguel ngel -. Saben que si gastamos nuestra municin nos veremos obligados a marcharnos y hacen la prueba. Confan en tener muchos ms torpedos que nosotros. Y seguramente no van descaminados.

En efecto, las reservas de los arsenales valeranos disminuan con alarmante rapidez a medida que los trenes sacaban de ellos carga tras carga de torpedos, que los montacargas automticos se encargaban de transportar hasta las bateras lanza -cohetes de superficie.

Los autoplanetas, a su vez, iban y venan desde sus Bases a las inmediaciones de "Valera", donde estaba operando el grueso de la Armada Imperial.

-No tardarn mucho en cansarse -augur una seora Almirante.

Pero se equivocaba. Los nahumitas haban tomado en serio la cosa y parecan dispuestos a continuar la batalla mientras les quedaran torpedos en sus arsenales. Teniendo en cuenta que los nahumitas haban tenido ms de dos mil aos de tiempo para acumular torpedos, no era aventurado suponer que al fin lograran agotar las reservas de "Valera", las cuales correspondan a un siglo de gran produccin.

-Bueno -dijo Miguel ngel -. Dmosles la satisfaccin de creer que estamos vencidos. Nos retiraremos a ocho o nueve mil millones de kilmetros. A esa distancia no podrn continuar acosndonos.

Y as fue como el autoplaneta "Valera" puso en marcha sus gigantescos reactores atmicos y, lentamente al principio, con mayor rapidez a medida que venca las fuerzas de inercia, se alej del sol nahumita para adentrarse en las fras y oscuras soledades del espacio.

Una divisin sideral formada por un centenar de miles de acorazados nahumitas sigui a "Valera" desde prudencial distancia.

A una distancia de ocho mil millones de kilmetros del astro nahumita, "Valera" empez a virar suavemente. Ya no se alejaba. Ahora empezaba a dar vueltas al lejano sol, como un planeta ms de los de su cortejo.

Para los nahumitas, este fue el primer indicio de que los tenaces cristianos no estaban dispuestos a abandonar sus absurdas esperanzas de aniquilar al Imperio Milenario. A ocho mil millones de kilmetros, el autoplaneta estaba demasiado lejos para poder acosarle con un largo ataque de torpedos. Los trenes de amunicionamiento hubieran invertido de dos semanas a un mes en ir desde sus Bases a las proximidades de "Valera".

Los nahumitas desistieron pues de hostigar al planetillo cristiano, si bien no dejaron de vigilarle manteniendo cerca de l a una Divisin de acorazados que se relevaba cada quince das.

Pensaban los nahumitas que los cristianos se disponan a esperar otro medio siglo hasta estar de nuevo en condiciones de volver al

ataque, y no andaban del todo descaminados en sus suposiciones. Solamente se equivocaban en un punto. Y era que los cristianos no esperaran tanto tiempo.

En efecto, un mes ms tarde, Miguel ngel Aznar estaba listo para salir al espacio al mando de la Primera Divisin Ligera, que era el nombre con que se haba bautizado al conjunto de la escuadra formada por diez mil cruceros siderales reformados y cien mil aparatos "Omega" que iban dirigidos por control remoto, correspondiendo un centenar de estas pequeas unidades a cada crucero.

La designacin de Miguel ngel para el mando de esta divisin fue muy discutida por el Alto Estado Mayor, y si finalmente se le concedi fue porque las seoras confiaban en forzar la voluntad de Irene Polaris e inducirla a firmar su dimisin mientras Miguel ngel estaba ausente.

En el seno del Estado Mayor General, el nico que en apariencia no se daba cuenta del enamoramiento de Irene, era el propio Miguel ngel.

Cuando la Primera Divisin Sideral Ligera desfilaba sobre Nuevo Madrid cubriendo el cielo como una nube, el almirante Aznar se encontraba en la azotea del Palacio Residencial despidindose de familiares y amigos junto a la portezuela abierta de la aerofala que le esperaba para transportarle al buque almirante.

-No alargue mucho su ausencia Miguel ngel -le dijo Irene Polaris al estrecharle la mano -. En realidad no comprendo su empeo en mandar personalmente esta escuadra.

-Me urge demostrar a los nahumitas cuan equivocados estn si creen que nos han vencido y creo que nadie sabra sacar tanto partido como yo a la gran movilidad de esta tuerza. Al fin y al cabo, yo ide la nueva tctica y es a m a quien corresponde probarla -dijo Miguel ngel.

-No tarde mucho en volver, de todas formas -insisti la Almirante Mayor -. Me voy a sentir como indefensa ante mis numerosos enemigos, falta de su consejo y su presencia.

Miguel ngel la mir a los ojos. Ella le sostuvo un momento la mirada. La mano que el terrcola retena entre las suyas tembl. Irene apart sus ojos, ruboriz ndose, y Miguel ngel descubri lleno de ntimo regocijo que la atraccin que senta hacia la joven era a su vez correspondida.

-Irene -murmur.

Pero la presencia de numerosos testigos le impidi manifestarse en sus verdaderos y espontneos sentimientos.

-No traicione la confianza que todos hemos puesto en usted -agreg. Y le solt la mano.

Luego abraz a su padre y a su to, estrech la mano de sus colegas y subi a la fala.

Media hora ms tarde, pasaba de la aerofala a bordo del crucero sideral que enarbolaba la insignia de su mando. Se encontraba a cincuenta kilmetros de altura sobre la superficie del autoplaneta

"Valera" y la Flota se iba reuniendo a su alrededor.

La Divisin Ligera adopt la formacin de convoy y se puso en marcha. Los cruceros volaban en doble columna flanqueados a un lado y otro por el enjambre de veloces navecillas "Omega". Cada Comandante de unidad controlaba de viva voz los movimientos de un centenar de aparatos "Omega". La escuadra de cruceros, a su vez, se divida en diez "flotillas" de a mil buques cada una, mandadas por diez Almirantes bajo las rdenes directas de Miguel ngel. Cada "flotilla" se subdivida adems en diez "alas" con otros tantos Vicealmirantes al frente de ellas, los cuales dependan de su correspondiente almirante.

as formada, la Primera Divisin Ligera se alej rpidamente de su autoplaneta Base y aceler en direccin a la divisin sideral nahumita de vigilancia, la cual reuna apresuradamente sus dispersas flotillas para hacer frente al enemigo que le venia encima.

La divisin nahumita, integrada por cien mil acorazados siderales, estaba equiparada en fuerza al total de la Divisin Ligera cristiana, incluyendo en este total los cien mil aparatos "Omega" que tanta preocupacin deban estar causando al Almirante nahumita.

La cuestin estribaba en averiguar si cien mil aparatos "Omega" y diez mil cruceros ligeros eran capaces de poner en fuga a cien mil grandes acorazados, cada uno de los cuales poda lanzar cincuenta mil torpedos autmatas simultneamente.

La fuerza de ataque de la Divisin Ligera, por su parte, corra a cargo de los "Omega", cada uno de los cuales montaba cincuenta pequeos proyectores de "luz slida"; o sea un total de cinco millones de blandientes dardos luminosos que se apuntaban automticamente por radar.

Para su defensa y ataque, cada crucero montaba a su vez diez juegos de cincuenta faros cada uno, con un total de quinientos proyectores por buque, o cinco millones para todos.

Total: diez millones de rayos luminosos slidos contra cinco millones de torpedos autmatas, que era la cifra que los acorazados nahumitas podan poner en el aire de una sola vez y repetir varias veces.

El factor sorpresa estaba de parte de los terrcolas. Los nahumitas, en su primera experiencia con los aparatos "Omega", no haban obtenido sino datos muy confusos e inexactos. Por ejemplo: ignoraban que cada rayo luminoso no necesitaba sino caer una fraccin de segundo sobre un buque o un torpedo autmata para atravesarlo limpiamente de parte a parte practicndole un agujero de diez centmetros de dimetro.

Las perforaciones que practicaban los proyectores de los cruceros terrcolas eran tres veces mayores; de unos treinta centmetros de dimetro.

La Divisin Imperial Nahumita adopt la formacin de combate y se

lanz contra la Divisin Ligera Terrcola. Esta ltima pas rpidamente de la formacin de fila a la de lnea.

-Ataquen los destructores -orden Miguel ngel por la radio.

Y en los buques, diez Almirantes se volvieron hacia sus ayudantes ordenando a su vez:

-Adelante los "Omega".

Orden que llegando hasta los Vicealmirantes se tradujo en un lacnico y animoso:

-Vamos all!

Los cien mil aparatos "Omega", que ahora volaban en enjambre por delante de la divisin de cruceros, dieron un prodigioso salto hacia el frente y partieron como exhalaciones hacia la escuadra nahumita. Los nahumitas lanzaron por todos sus tubos. Cada acorazado, dispar simultneamente diez grandes torpedos que apenas salieron de sus tubos estallaron esparciendo cada uno cinco mil diminutos objetos que en seguida empezaron a chisporrotear.

Eran torpedos "reducidos" por el mismo procedimiento cientfico -industrial de que se haban servido los expatriados terrcolas para encajonar y transportar en muy pequeo espacio toda una gigantesca instalacin industrial.

Los torpedos apenas terminaban su rpida metamorfosis, se ponan a operar por cuenta propia y, dirigidos por "cerebros" electrnicos alojados en la misma mquina, se lanzaron furiosamente al ataque.

En este momento, cinco millones de rayos luminosos brillaron en la proa de los cien mil aparatos "Omega" y salvaron en un segundo los trescientos mil kilmetros que separaban a ambas fuerzas contendientes. Otros cinco millones de dardos amarillos se encendieron tambin en los diez mil cruceros ligeros terrcolas.

En un segundo, los diez millones de lanzas luminosas recorrieron trescientos mil kilmetros y aniquilaron de veinticinco a treinta millones de torpedos nahumitas.

Porque estos rayos, despus de atravesar a una mquina, no se detenan ni desviaban, sino que seguan en lnea recta y atravesaban todo lo que encontraban por delante. Y al pasar a travs d la nube de torpedos, cayeron sobre los acorazados nahumitas que estaban detrs y los atravesaron tambin antes de perderse en las misteriosas profundidades del inmenso vaco espacial.

Los "Omega", blandiendo sus mortferos rayos como espadas flamgeras, siguieron acelerando y aniquilando torpedos con rapidez vertiginosa. De pronto dieron un prodigioso salto hacia arriba.

El enjambre de torpedos alter tambin su rumbo y ascendi para atajar a los "Omega". Por debajo de los "Omega" y los torpedos, los rayos "slidos" de la Divisin Ligera barrieron el espacio lanzando sus dardos luminosos sobre la Divisin Imperial de acorazados.

Cuando una lanzada luminosa atravesaba de parte a parte o de proa a popa un acorazado, ocurra a veces que ste no estallaba por no haber sido tocado en ninguna parte vital de su complicado organismo interno. Pero cuando el impacto luminoso alcanzaba las pilas atmicas, entonces los buques explotaban en mil fragmentos en medio de un chisporroteante globo de fuego.

En el mejor d los casos, tal explosin no se produca. Pero el buque, casi siempre, quedaba fuera de combate con alguna avera en su intrincado mecanismo.

Pero si no estallaban en seguida, no por ello dejaban de hacerlo ms tarde. Los dardos luminosos ametrallaban implacables a los buques nahumitas. Atravesaban las corazas de "dedona", perforaban en lnea recta todos los mamparos de los diversos compartimentos, las mquinas, las tuberas, los mismos tripulantes que se interponan en sus tensas trayectorias y escapaban por el lado opuesto seguidos de la fuerte detonacin del aire comprimido que escapaba de las cabinas hermticas.

En el espacio, mientras tanto, los metericos "Omega" burlaban al enjambre de torpedos nahumitas picando hacia abajo. Los torpedos no pudieron seguirlas en esta rpida maniobra. Los "Omega" se escabulleron pasando como flechas por debajo de la nube de torpedos y siguieron avanzado sobre la divisin de acorazados.

Los "Omega" y los cruceros ligeros terrcolas cambiaron sus objetivos respectivos. Mientras los "Omega" atacaban a los acorazados, los cruceros dirigan sus rayos destructores contra la nube de torpedos aniquilndolos en pleno vuelo.

La divisin de acorazados larg apresuradamente otra andanada de torpedos

Demasiado tarde. Los "Omega", en un salto prodigioso, haban salvado en dos minutos ms de la mitad de la distancia que mediaba entre las dos flotas y acribillaban a la escuadra Imperial con sus cinco millones de blandientes rayos.

Los acorazados nahumitas explotaban como bombas atmicas, convirtindose en chisporroteantes globos de fuego verde-azulado. Crepitaban, saltaban y desaparecan. Millones de fragmentos volaban en todas direcciones como proyectiles. Todo el espacio estaba cruzado de millones de barras luminosas que se movan y agitaban incesantemente.

Cinco minutos ms tarde, la escuadra de acorazados haba desaparecido en el fuego de la inmensa hoguera atmica. Los "Omega" viraban en amplio circulo para volver atrs en auxilio de la escuadra de cruceros terrcolas.

La nube ondulante y amenazadora segua avanzando sobre los buques cristianos. En su avance iban dejando atrs un reguero de

mquinas pulverizadas por los rayos de "luz slida". La misma formacin herva en un continuo chisporroteo de explosiones nucleares. El enjambre disminua disminua pero segua avanzando!

Todos los proyectores de la escuadra funcionaban locamente, furiosamente, girando aqu y all, fulminando proyectiles enemigos.

La situacin pareca algo apuradilla. Sin embargo, el almirante Aznar orden a sus Almirantes que dirigieran a la fuerza de "Omegas" contra la segunda andanada de torpedos.

-Esta podremos contenerla nosotros solos. Es la segunda la que me preocupa, porque en tanto nos ocupamos de sta no podemos atender a aquella.

Los "Omega", en un alarde de velocidad y robustez, describieron una curva cuya fuerza centrifuga hubiera bastado para desbaratar a un acorazado sideral, por no decir el estado en que hubieran quedado sus tripulantes humanos.

Y saliendo de aquel viraje inclumes, acometieron la increble hazaa de perseguir y alcanzar a la segunda nube de torpedos que ya les llevaba mucha delantera

Mientras volaban como relmpagos en persecucin de torpedos nahumitas, los "Omega" hacan jugar sus mortferos rayos. Estos, que desarrollaban igual velocidad de la luz (300.000 kilmetros por segundo), alcanzaron a los proyectiles nahumitas y comenzaron a aniquilarlos con rapidez de vrtigo.

La primera andanada continuaba achicndose, dejando tras si un rastro de mquinas pulverizadas. Indiscutiblemente, cinco millones de torpedos eran muchos millones de torpedos

Pero cinco millones de proyectores, destellando a razn de diez veces por segundo, mandaban cincuenta millones de proyectiles contra los torpedos nahumitas cada segundo!

Aunque lo pareca a simple vista, los rayos luminosos no se formaban de una sola barra. Centelleando con parpadeos intermitentes, tan rpidos que la vista no los distingua, cada proyector emita un "chorro" de lanzas lumnicas, cada una de las cuales media alrededor d veinticinco mil kilmetros de longitud. Cada una de estas lanzas era en si un proyectil Un proyectil formado por billones y billones de menudos corpsculos cuya fuerza penetrativa resida en la formidable velocidad de que iban impresos.

Aunque no todos los proyectiles lumnicos acertaban en el blanco, la enorme cantidad de ellos hacia los efectos de una barrera slida contra la que se iban estrellando los torpedos.

Slo unos pocos millares de proyectiles "robot" consiguieron llegar hasta los cruceros cristianos. Como una veintena de buques fueron destruidos o averiados. Pero el peligr estaba superado. Los reflectores se volvieron contra la segunda andanada de torpedos, de la cual

estaba dando buena cuenta la escuadra de aparatos "Omega".

Entre los "Omega" y los cruceros aniquilaron la segunda oleada de torpedos nahumitas. Ni uno solo lleg entero hasta los buques siderales cristianos.

Durante un buen rato, los restos de los torpedos aniquilados, que seguan volando gracias al impulso que llevaban, ametrallaron a la Primera Divisin Ligera como una furiosa perdigonada.

Se registraron numerosas averas en los proyectores expuestos a este ametrallamiento de pequeos proyectiles. Los buques no sufrieron el menor dao.

La telegrafa transmiti un gozoso mensaje al autoplaneta "Valera": "Nos apuntamos primera victoria. Divisin Imperial Nahumita completamente aniquilada. Seguimos adelante. Firmado: almirante Aznar".

En "Valera", la noticia de esta resonante victoria fue recibida con clamores de entusiasmo.

.

CAPITULO VII.

.

Tres meses llevaba operando Miguel ngel Aznar cuando un radiograma de "Valera", le oblig a suspender sus correras para regresar rpidamente al autoplaneta.

Durante este tiempo, atacando por sorpresa all donde menos era esperado, la Primera Divisin Ligera, haba tenido en jaque a toda la Imperial Flota de Nahum y le haba destruido o capturado alrededor de doscientos cincuenta mil buques y autoplanetas.

Victorias tan ruidosas y aplastantes como la primera, naturalmente no las haba vuelto a tener el almirante Aznar. Los nahumitas, alarmados por la terrible eficacia de la nueva arma de los cristianos, se mostraban ahora ms circunspectos en el empleo de sus propias escuadras y las agrupaban en grandes flotas que los terrcolas no se atrevan a atacar.

Eludiendo a las grandes flotas que le buscaban saudamente para destruirle, Miguel ngel Aznar dirigi sus ataques preferentemente contra las lneas de comunicaciones interplanetarias del Imperio, donde una y otra vez sorprendi a los grandes autoplanetas de transporte y a las pequeas fuerzas patrulleras de las cuales lleg a ser el terror. Espordicamente atacaba tambin las Bases del Imperio en los lejanos y solitarios satlites y planetillos del sistema de Nahum, donde casi siempre sorprenda al menos a una docena de millares de buques que eran indefectiblemente destruidos.

As, sumando pequeas y continuas victorias, la cifra de aeronaves

destruidas o capturadas al enemigo creca semana tras semana. Se trataba de una tarea sumamente entretenida, un poco fatigosa quiz, pero que mantena en vilo y hacia aumentar el ardor de las tripulaciones, a la vez qu levantaba la moral de aquellos que en "Valera" seguan con inters las peripecias de la batalla.

Frecuentemente, para desconcertar al enemigo o atacar en varios puntos distintos al mismo tiempo, Miguel ngel dispersaba sus fuerzas en flotillas que operaban por su cuenta, y que luego se reunan en algn lugar del espacio para narrarse sus respectivas experiencias y contabilizar sus victorias.

Esto daba ocasin de lucirse por mritos propios a los almirantes, vicealmirantes, contraalmirantes y dems jefes y oficiales de la Divisin Ligera, los cuales no tardaron en adorar a su joven jefe con pasin rayana en el misticismo.

Y no dejaba de ser curioso que esta admiracin y respeto fuera compartido por igual entre hombres y mujeres, que de ambos sexos haba en la fuerza.

Posteriormente a la salida de la Primera Divisin Ligera, otras dos escuadras formadas del mismo nmero y clase de aparatos haban empezado a operar por su cuenta; una, al mes, de haber zarpado la primera. Otra, al cumplirse los dos meses.

Finalmente, para cuando la Primera Divisin Ligera rindiera viaje en "Valera", la Cuarta Divisin estarla lista para salir al espacio o habra salido ya.

En "Valera" se trabajaba a un ritmo endiablado para poner en lnea estas fuerzas que a poco tardar tendran completamente bloqueados a los planetas del Imperio.

Una de las experiencias ms notables conseguidas por los terrcolas, consista en haber descubierto la falta de combatividad y la flagrante cobarda de los nahumitas. Estos huan como corzos asustados frente a los agresivos buques cristianos y, conminados a rendirse, lo hacan en seguida.

Siglo tras siglo, los nahumitas venan burlando a la muerte valindose del repugnante recurso de trasladar los cerebros de sus cuerpos ancianos a otros cuerpos jvenes, "cultivados" especialmente para ser victimas de este horrendo crimen. El nahumita se haba procurado as una especie de inmortalidad, y la creencia de que podran "vivir" eternamente les hacia cobardes frente al peligro.

El nahumita moderno se aferraba a su existencia. Luchaba en tanto se senta seguro de su superioridad, pero a igualdad de fuerzas con el enemigo rehua el combate. Y al menor atisbo de peligro depona las armas y se renda total e incondicionalmente.

Pareca mentira que los terrcolas no hubieran derrotado todava a un enemigo tan cobarde.

La razn estribaba en que siendo los nahumitas poco partidarios de arriesgar su preciosa existencia, no haban reparado en medios para procurarse una fuerza mecnica capaz de preservarles. Su Armada era poderossima, mucho ms numerosa de lo que haban sospechado los terrcolas. Y ninguno de los prisioneros que tom Miguel ngel fue capaz de calcular, ni siquiera aproximadamente, la cifra de torpedos "robot" de todo tipo que el Imperio haba acumulado en dos milenios de ininterrumpida produccin.

Estos informes, obtenidos simultneamente por Miguel ngel y los comandantes de las otras escuadras que estaban operando, llegaron a "Valera" y fueron como el fulminante que pona fuego a una carga de dinamita. La faccin femenina del Estado Mayor General, que formaba la mayora, vot por la inmediata liquidacin de las operaciones y la partida del autoplaneta con rumbo a los planetas "Redencin".

La Almirante Mayor, doa Irene Polaris, aleg que la votacin no era legal por cuanto no se encontraban presentes en "Valera" todos los miembros del Alto Estado Mayor.

Entonces, irritados e impacientes, las seoras proclamaron inepta y enferma a la Almirante Mayor y nombraron en sustitucin a la almirante Rolan.

Irene Polaris, echando mano de sus derechos constitucionales, llam a su lado a los amigos del almirante Aznar y proclam destituidas a las damas que se haban alzado contra su autoridad. El resultado fue que todo el elemento masculino de "Valera" en peso, y gran nmero de mujeres que ya estaban cansadas de las excentricidades de aquellas damas todopoderosas, acudieron a la proclama de Irene Polaris y se lanzaron arma en mano contra las fuerzas del Ejrcito y la Armada.

Por uno de los caprichosos reveses de la poltica, se daba el caso chocante de que el Ejrcito y la Armada se haban convertido en rebeldes, mientras que los rebeldes en potencia se investan del carcter de fuerzas leales al Gobierno.

Era como si en un trasatlntico del siglo XX, ocupado por pasajeros y tripulacin, la tripulacin se hubiera levantado en armas contra el capitn, y los pasajeros hubieran acudido en ayuda del comandante legtimo del buque.

Para todos los efectos, "Valera" se consideraba como un buque ms de la Armada Sideral de los Planetas Confederados. Su comandante era a bordo la supremo autoridad, y todos los dems, tanto tripulacin como pasajeros, estaban sujetos a las leyes militares que reglan a bordo mientras el "orbimotor" se encontraba operando lejos de la Confederacin de Planetas.

El radiograma que Miguel ngel Aznar recibi, y el cual le hizo interrumpir las operaciones para regresar rpidamente a "Valera", deca sobre poco ms o menos:.

"Fuerzas Armadas alzadas en rebelda contra Comandante en Jefe Autoplaneta. He firmado destitucin jefes desafectos y llamado a las armas a los leales. Situacin confusa. Ordeno su inmediato regreso a la Base. Firmado, Irene Polaris, Comandante en Jefe Fuerzas Armadas Expedicionarias Terrcolas".

Aunque iba a invertir toda una semana en regresar a "Valera" por la ruta ms corta y a toda velocidad, Miguel ngel no dud un instante y cancel todas las operaciones proyectadas. Le intranquilizaban los sucesos de "Valera". Imaginaba a hombres y mujeres acometindose con todo el odio concentrado a lo largo de cuarenta y siete aos de opresin feminista y casi vela con la imaginacin las calles de Nuevo Madrid convertidas en ros de sangre.

La realidad fue que la cosa no lleg a tanto. Las tropas del Ejrcito y la Armada acogieron con evidente disgusto la orden de sus jefes y se mostraron remisas a ejecutarlas. El ncleo femenino de aquellas tropas empezaba a cansarse del matriarcado, considerando que ste slo les iba bien a encopetadas seoras almirantes y generales que obtenan de l honores y otros privilegios materiales. Para el oficial modesto y el soldado raso, que eran la mayora al fin, el matriarcado no representaba ninguna ventaja sobre el rgimen poltico anterior, sino todo lo contrario.

Las mujeres se daban cuenta que, de una forma o de otra, ellas haban ejercido siempre una influencia enorme sobre los hombres. Sin estridencias, suave y dulcemente, ellas haban seducido al hombre, le haban tenido esclavo de sus encantos y haban hecho su sana voluntad lo mismo en los tiempos modernos que en los orgenes del mundo

La mujer sencilla, en fin, comprenda que su imperio haba sido infinitamente ms agradable cuando en vez de imponerse por la fuerza bruta se vala de su instintiva astucia para dominar al hombre tolerante y un poco ingenuo que, encima de consentir con todo, se crea el pobre! el amo y seor del mundo que le rodeaba.

Y como desde hacia cuarenta y siete aos la mujer se senta fuera de su rbita, sin tener sobre quin ejercer su dulce y amorosa tirana, ella misma derrib la barrera que se interpona entre ella y su felicidad corriendo a unirse con los hombres que cmo no? la acogieron jubilosos y sin resabios.

Al cabo de dos das, el almirante Aznar recibi un radiograma cifrado que deca as:

"Situacin dominada. Fuerzas leales proceden restablecer orden. Le aguardo impaciente. Irene".

El radiograma, en su contenido y lenguaje, era tan distinto del primero que sumi a Miguel ngel en un mar de confusiones. En el primero, la Almirante Mayor ordenaba con imperio. En el ltimo, la mujer le reclamaba con cario.

Aunque su presencia ya no era indispensable en "Valera". Miguel ngel prosigui su vuelo en direccin al autoplaneta. Veinticuatro horas ms tarde recibi un nuevo radiograma:

"Lamento comunicarle desaparicin almirante Aznar. Abandono Orbimotor "Valera" tripulando buque apresado al enemigo. Completamente solo. Ignoramos paradero. Firmado: Irene Polaris".

El papel donde el mensaje apareca escrito escap de las manos de Miguel ngel. Amadeo Quesada lo recogi y mir a la demudada faz de su superior y amigo.

-Qu ocurre, Almirante?

-Dios mo! -exclam Miguel ngel -. Ese hombre se ha vuelto loco!

Indic a Quesada con una sea que poda leer el radiograma. El contralmirante lo ley, y sus ojos expresaron el ms profundo estupor.

-Pobre viejo! -murmur -. Qu mosca le habr picado? A dnde pudo ir completamente solo tripulando un acorazado nahumita?

El terrcola se dej caer desalentado en un silln de la cmara de derrota del buque almirante. Cuando habl lo hizo en un murmullo apenas audible, levantando la voz a medida que se excitaba.

Su padre, dijo, se diriga con toda seguridad a alguno de los planetas nahumitas. Dos aos atrs, cuando recin acabados de llegar al planeta "Exilio" se encontraron con los nahumitas, l haba cogido a un prisionero de esta raza y le interrog.

-El nahumita me confes con la mayor desvergenza que haban ido hasta los viejos planetas de la Bestia Gris para apresar a hombres y mujeres jvenes y llevarlos a Nahum, donde serviran para dar morada a los cerebros de los ancianos prceres nahumitas. Esa fue la primera noticia que tuvimos de que los nahumitas practicaban el inhumano trasplante de sus cerebros viejos a otros cuerpos jvenes y robustos. Y tambin supimos algo ms -aadi el terrcola con abatimiento -. Supimos que la actual Emperatriz de Nahum era mi hermana.

Miguel ngel hizo una pausa para recobrar el aliento. Luego explic a Quesada y a sus oficiales que su padre, el "Superalmirante", se haba casado con la Princesa mbar de Nahum, la hija del Emperador a quien los terrcolas acababan de derrotar en aquel primer viaje de "Valera" al sistema planetario de Nahum.

El matrimonio del caudillo terrcola con la princesa nahumita result un fracaso. Despus de un ao, cuando el Orbimotor "Valera" acababa de llegar a los planetas Thorbod, surgi una desavenencia entre el joven matrimonio. El "Superalmirante" puso a su ilustre esposa a bordo de un buque sideral y la dej en libertad de regresar a su patria.

mbar regres a Nahum, ocultando a su esposo que iba a tener un hijo.

En realidad fue una hija lo que tuvo la princesa de Nahum. Cuando madre e hija llegaron a Nahum, mbar procedi a restaurar el Imperio

de su padre. Cuando Miguel ngel Aznar regres a Nahum aos despus, obligado por circunstancias imprevistas, se encontr con que el Imperio haba resucitado tan pujante y odioso como antes.

-Mi padre -prosigui diciendo Miguel ngel - luch contra su esposa y derrot por segunda vez al Imperio de Nahum. La Emperatriz resisti hasta el final y se suicid cuando ya no poda evitar la derrota de su Imperio. Antes, no obstante, se haba ocupado de la fuga de su hijita, a la cual acompaaban un reducido grupo de nobles y preceptores. Mi padre ignor siempre que tena una hija en Nahum. Parti hacia la Tierra despus de apaciguar estos mundos, y no ha sido sino hace dos aos cuando se enter que la Emperatriz del Imperio Milenario era la hija de la Princesa mbar. Esta mbar de Nahum, ha sobrevivido a los dos mil quinientos aos transcurridos verificando el cambio de su cerebro de un cuerpo a otro a medida que stos envejecan. Si mi padre ha ido a alguna parte, ha sido sin duda a entrevistarse con su hija quiz a echarle en cara su impiedad y su maldad o a tratar de despertar en ella algn sentimiento de piedad y de justicia para que la nacin nahumita renuncie a esa abominable costumbre de sacrificar a unos seres para que otros puedan disfrutar de una artificiosa inmortalidad.

-Comprendo lo que el pobre viejo habr sufrido -murmur el contralmirante Quesada -. En "Valera" todos conocamos esa triste historia, pero nos hubiramos dejado matar antes que afligir a nuestro "Superalmirante" con la noticia que tena aqu una hija tan malvada.

-Ustedes lo saban? -pregunt Miguel ngel estupefacto.

-Hace cuarenta y siete aos, apenas llegamos a estos planetas y cogimos al primer prisionero nahumita. Lo que todos nos figurbamos en "Valera", era que usted y su padre lo ignoraban.

El terrcola asinti en silencio. Ahora comprenda hasta qu punto su padre era querido entre los valeranos. Noventa millones de almas saban en "Valera" que la Emperatriz de Nahum era la hija de don Miguel ngel Aznar Y nadie hizo la menor insinuacin que pudiera entristecer y avergonzar al viejo "Superalmirante"!

-Su padre nunca debi intentar esa locura -prosigui Quesada -. Ya es duro para un cristiano saber que ha dado la vida a un cerebro tan diablicamente malvado como el de mbar de Nahum. Sin embargo, qu puede quedar en esa mujer de la primitiva hija de don Miguel ngel, despus de haber cambiado su cerebro de un cuerpo a otro ms de una docena de veces?

-No lo s -contest Miguel ngel -, Ignoro qu puede quedar en esa mujer del espritu que animaba su primera persona. Pero, indiscutiblemente su cerebro es el mismo despus de dos mil aos de haber nacido a la vida. Ms cruel, ms refinadamente malvado pero el mismo en sustancia.

Amadeo Quesada hizo un gesto que implicaba serias dudas. De

hecho, estas mismas dudas haban torturado al viejo almirante Aznar da tras da por espacio de ms de dos aos. Y finalmente, el viejo haba optado por ir a entrevistarse personalmente con su hija. Le permitiran volver?

-No volver -murmur Miguel ngel contestando a su propia pregunta -. Si mbar le permitiera regresar con vida dara muestras de poseer algn sentido de humanidad. En ella no puede quedar ningn sentimiento filial hacia mi padre

Pero aunque lo deca de esta forma, Miguel ngel se asa a la secreta esperanza de haberse equivocado. Quiz toda la maldad de la Emperatriz no pudiera manifestarse en ella al considerar que aquel hombre era su padre. Quin podra saberlo?

Y Miguel ngel, entristecido, sigui hacia "Valera". Todo intento de encontrar al "Superalmirante" hubiera sido vano. El seor Aznar les llevaba mucha ventaja y una aeronave, aun tratndose de un acorazado sideral, era menos que un grano de sal diluido en la vastedad de un ocano si se le comparaba con la aterradora inmensidad del vaco interestelar.

Ola tras da, en todos los que transcurrieron hasta llegara "Valera", Miguel ngel esper intilmente recibir algn radiograma donde se le dijera que su padre haba sido encontrado o haba regresado por su propia voluntad

Pero la escuadra lleg a un punto desde el cual ya eran posibles las comunicaciones directas por televisin. Miguel ngel habl con su familia y supo que el Almirante no haba regresado.

Finalmente, la Primera Divisin Ligera alcanz la superficie de "Valera". El Comandante de la escuadra y sus ayudantes se acomodaron en una aerofala y se trasladaron al interior hueco del planetillo.

Cuando la navecilla sobrevolaba la monumental Plaza de Espaa, los astronautas advirtieron que la plaza estaba llena de pblico que daba vtores y tremolaba en el aire un mar de pauelos.

-Qu dicen? -pregunt Miguel ngel.

-Gritan: "Viva el Superalmirante! -le contest Quesada. Y sonri con aires de complicidad a sus compaeros.

Miguel ngel ni siquiera advirti esta sonrisa. Segua preocupado por la desaparicin de su padre. Esta preocupacin y el temor a enfrentarse con su desconsolada madre se mezclaba extraamente con una irreprimible ansiedad por ver a Irene Polaris. Haba pensado mucho en ella durante estas semanas

En la azotea del Palacio Residencial aguardaba a Miguel ngel un nutrido grupo de personas. Cuando aterrizaban, Miguel ngel pudo observar que casi todos vestan uniforme de gran gala.

-El Estado Mayor General en peso ha salido a recibirnos -seal un

almirante de la Primera Ligera.

La fala se pos en la terraza y todo el grupo avanz en pos de Irene Polaris. La propia Almirante Mayor tir de la portezuela del aparato. Sus grandes y bellos ojos sonrieron.

-Bienvenido al autoplaneta de su mando, almirante Aznar -salud ella ofrecindole la mano.

Miguel ngel se la retuvo mientras saltaba a tierra y miraba sorprendido al grupo de almirantes y generales, los cuales se haban puesto a aplaudir.

-Bueno, bueno -murmur el joven almirante sonrojndose -, a qu viene todo esto, vamos a ver? Despus de todo

-El Alto Estado Mayor -le interrumpi Irene con pupilas relampagueantes - le ha nombrado a usted por unanimidad Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrcolas.

.

CAPITULO VIII.

.

La misma noche de su llegada, despus de comer con su familia, Miguel ngel Aznar sali al pasillo con nimos de recorrerlo hasta las habitaciones que ocupaba Irene Polaris.

En el pasillo, uno a cada lado de la puerta, haba dos soldados que le saludaron con rgida marcialidad.

-Qu hacen ustedes aqu? -les pregunt el terrcola, extraado.

Los dos soldados cruzaron una mirada de asombro.

-Excelencia -se atrevi a decir uno de ellos -. Somos soldados de su escolta personal.

-De mi? -murmur el joven. Y se ech a rer. Haba olvidado que l era ahora el Almirante Mayor del autoplaneta.

Asinti con un movimiento de cabeza y ech a andar por el pasillo. Los soldados le siguieron. El terrcola se detuvo, y ellos se detuvieron tambin. Miguel ngel se volvi a mirarles con el ceo fruncido.

-Miren -les dijo -. Si quieren que seamos buenos amigos djenme ir solo, al menos por Palacio. Hace?

Los soldados sonrieron y volvieron atrs. El joven sigui adelante hasta las habitaciones de Irene Polaris.

Llam con los nudillos en las slidas hojas de autntico roble terrestre, Irene Polaris entreabri la pesada puerta y le mir sonriendo.

-Ah, es usted! -dijo ella invitndole con un ademn.

Miguel ngel entr y se qued mirando las cajas y bales que aparecan abiertos y desparramados por el vestbulo.

-Qu hace usted? -pregunt.

-Ya ve. Me dispongo a abandonar estas habitaciones, son suyas

ahora, como Comandante en Jefe -contest ella, y no haba el menor rastro de amargura en su voz.

-Pero adonde va? -pregunt el terrcola, sorprendido.

-La Administracin me ha cedido una casita all en los Crpatos Valeranos. Parece ser que se trata de un lugar apacible, muy agreste y solitario, slo visitado de vez en cuando por las guilas y las cabras monteses Algo especial para almirantes destituidos, en fin.

Miguel ngel la contempl con el ceo fruncido mientras ella andaba de un lado a otro muy atareada.

-Usted no fue destituida -apunt.

-Bueno, da lo mismo. Al decir almirantes destituidos he querido decir almirantes desacreditados. Usted ya me entiende.

-Irene -dijo l despus de unos minutos de silencio -. Por qu dimiti usted? Le dije que no deba hacerlo hasta que venciramos al Imperio de Nahum. Se acuerda?

-El conato de rebelin me forz a precipitar los acontecimientos. Tuve que nombrar un nuevo Estado Mayor, como usted bien sabe. Los hombres que aceptaron esos cargos slo pusieron una Condicin; yo deba dimitir para que usted pudiera ser promovido a Almirante Mayor. Como los deseos del Estado Mayor General coincidan con los mos no tuve el menor inconveniente en -renunciar al mando. Creo que todo ha quedado arreglado a satisfaccin de todos.

Miguel ngel, que haba tomado asiento sobre la tapa de un bal, se puso en pie y le cogi las manos.

-Yo no estoy satisfecho de la forma en que han quedado las cosas, Irene -asegur.

Ella se ech a temblar. Sus ojos huyeron a los de l.

-No tiene que preocuparse por m -dijo con voz dbil -. Total, dentro de algunos meses ya nadie se acordar de m.

-Usted sabe que yo si la recordar. Irene -l la tom por los codos y la acerc a si -. No puedo consentir que se marche. La necesito a mi lado.

-Bah! -dijo ella forzando una risita nerviosa -. Tiene usted un excelente cuadro de colaboradores a su alrededor. Yo, como militar, termin mi carrera el mismo da que usted lleg aqu.

-No le pido que se quede como soldado, Irene. Como yo la necesito, como yo la quiero es como esposa.

Ella alz sus aterciopeladas pupilas hasta las de l y le mir. Le mir con la misma sumisa adoracin que sus lejanas abuelas debieron mirar al hombre que las haba conquistado, all por los tiempos en que la Humanidad todava habitaba en cavernas y el hombre cazaba el mamut. Porque aunque la sociedad haba cambiado enormemente desde entonces, el amor entre el hombre y la mujer continuaba siendo el mismo de la primera pareja que habit el Mundo.

-Irene querida! -murmur Miguel ngel.

Y tomndola entre sus brazos la estrech contra su corazn.

Al da siguiente, Miguel ngel Aznar asuma el mando supremo de las Fuerzas Expedicionarias.

Su quimrico sueo, aquel sueo forjado en la Tierra cuando siendo un muchacho lea los "Viajes de los Aznar", se converta hoy en palpable realidad. Era el Comandante en Jefe del autoplaneta "Valera" y las Fuerzas Expedicionarias. El famoso Orbimotor, concebido y construido por Aznares, rega de nuevo bajo el mando de un Aznar.

Y los valeranos lo celebraban. Se sentan ms seguros ahora. Una especie de leyenda, corroborada por los hechos durante siglos, aseguraba que "Valera" sera invencible mientras su comandante fuera un Aznar.

-Eso son tonteras -decan los Aznar. Pero ellos en el fondo, crean a pies juntillas en la leyenda. Su destino pareca ligado estrechamente, el da que desapareciera el ltimo Aznar desapareca tambin para siempre el fabuloso planeta.

Imbuido de esta creencia, el nuevo Almirante se tomaba muy a pecho su cargo y desplegaba una actividad arrolla - dora. Como todos sus gloriosos antepasados, el joven Aznar posea cualidades excepcionales para el mando. Su fe era la fe inquebrantable de un profeta. Su sola presencia magnetizaba a las multitudes. Bastaba verle por las pantallas de televisin con su optimista e ingenua sonrisa de nio para sentirse libre de preocupaciones y temores. Cuando l hablaba todo pareca sencillo y claro como la luz del da. Era un Aznar como todos los Aznares, y sin embargo distinto.

Le llamaban "el Muchacho" por su estatura, su esbeltez y sus facciones aniadas y sonrientes.

De la maana a la noche, a veces durante veinticuatro horas seguidas, se mova incansable visitando las fbricas, arengando a los obreros, presentndose en los campamentos militares o en las academias, lanzando proclamas por televisin o discutiendo complicados planes con los jefes de su Estado Mayor.

Irene Polaris, que finalmente, haba marchado a su casita de los Crpatos Valeranos para gozar de unas bien ganadas vacaciones, slo poda verle personalmente muy de tarde en tarde. Los dems das le vela por televisin.

Al cumplirse el mes de su promocin a la jefatura suprema, todas las fbricas que anteriormente construan torpedos "robot" se hallaban fabricando aparatos "Omega" en fabulosas cantidades.

Los "Omega" eran la gran esperanza de los valeranos. Estos no podan soar siquiera en aprestar en un tiempo razonable una fuerza de ataque que igualara en calidad y en nmero a las fuerzas armadas nahumitas. No podan construir tres millones de acorazados siderales en un ao ni en realidad necesitaban construirlos.

-Un "Omega" es tan mortfero como un acorazado nahumita, es ms rpido, ms barato y ms fcil de construir -deca Miguel ngel -. Liquidaremos a la Armada Imperial con nuestra flotilla de pequeos aparatos "Omega".

Y esto era exactamente lo que medio milln de aparatos "Omega" hacan en aquellos das.

La Armada Sideral, consciente de que los cristianos eran ms fuertes de da en da, haba agrupado sus fuerzas en dos formidables flotas de un milln de buques cada una y buscaba a las divisiones ligeras valeranas por todos los rincones del espacio.

Pero las divisiones terrcolas rehuan sistemticamente el encuentro directo con estas fuerzas abrumadoramente superiores. Lo que hacan era lanzar contra los nahumitas ataques sorpresivos y fulminantes de slo unos minutos de duracin.

La tctica consista en huir delante de las flotas nahumitas durante horas, y a veces das enteros. De pronto, la divisin de aparatos "Omega" se adelantaba a los cruceros y se alejaba como unos trescientos mil kilmetros. Al llegar a esta distancia, los "Omega" viraban en redondo y aceleraban en direccin a la flota nahumita. En breves minutos, los diminutos aparatos alcanzaban velocidades del orden de los doscientos mil kilmetros por minuto.

Los nahumitas lanzaban con todos sus tubos y el espacio se cubra de miles de millones de torpedos "robot". Los "Omega", seguan avanzando en lnea recta. De pronto daban un prodigioso salto hacia arriba y burlaban el enjambre de torpedos, que pasaban por debajo. Los "Omega", se presentaban en medio minuto encima de los acorazados nahumitas, y ste era el momento sealado para organizarse la ms catica desorganizacin.

De un lado, los acorazados rompan su formacin y huan cada uno por su lado dando guiadas para esquivar a los dardos de "luz slida". De otro lado, el enjambre de torpedos volva en persecucin de los endiablados "Omega", se mezclaban con los propios buques que los haban lanzado y all era el desbarajuste. Los acorazados estallaban fulminados por los dardos perforantes de los "Omega", chocaban unos con otros o tropezaban con sus propios torpedos, por ms esfuerzos que los torpedos hacan por evitarlo.

Cuando los nahumitas miraban a su alrededor diez segundos ms tarde, los "Omega" desaparecan en la distancia dejando atrs rastros de brillante polvo amarillo y la Armada Imperial haba perdido de treinta a cincuenta mil acorazados siderales.

Los "Omega", luego de realizar su hazaa, viraban en amplio circulo y volvan a reunirse tranquilamente con los cruceros desde los cuales se les controlaba.

El resultado de esta extraa forma de combatir fue que los

nahumitas, se sintieran crecientemente exasperados, lo cual les hacia cometer mayores y ms frecuentes torpezas.

Les irritaba sobre todo, comprobar que sus fuerzas disminuan con alarmante rapidez a la par que aquellos endiablados y escurridizos "Omega" eran ms numerosos de una semana para otra. Finalmente, despus de sufrir repetidos descalabros, los nahumitas optaron por la absurda solucin de refugiarse en sus planetas. Una decisin que no resolva nada, sino que a la postre iban en contra de ellos mismos.

-Bueno -dijo Miguel ngel al ser informado de esto -. Nuestros amigos los nahumitas se han acobardado. Se cruzan de brazos y esperan a que vayamos a buscarles en sus propias madrigueras. No debemos defraudarles.

Esto ocurra al cumplirse el medio ao de la arribada del autoplaneta "Astrea" al orbimotor "Valera". El nmero de aparatos "Omega" disponibles ascenda en aquel momento a un milln, en nmeros redondos. A este ritmo, los "Omega" alcanzaran a ser algo ms de dos millones al ao de haber llegado Miguel ngel Aznar. En el mismo tiempo, la Armada Imperial Nahumita haba perdido unos ochocientos mil buques, cifra cuantiosa que dejaba reducida la Flota Imperial a unos dos millones de navos aproximadamente.

La Armada Imperial todava era numricamente superior a la Armada Sideral Terrcola. Sin embargo, los nahumitas tenan que repartir esta tuerza entre no menos de media docena de planetas habitados, en tanto que la Armada Terrcola, no teniendo que guarnecer ningn planeta, poda concentrarse para lanzar un ataque contra cualquiera de los mundos habitados por los nahumitas.

Prcticamente, la Armada Expedicionaria Terrcola poda atacar cualquier planeta nahumita en cualquier momento. El Ejrcito Autmata estaba intacto y listo para efectuar un desembarco. Pero el Almirante Mayor no quera correr riesgos.

-Esperaremos otro medio ao hasta que nuestro ejrcito tenga sus proyectores de "luz slida" -asegur -. Mientras tanto continuaremos minando la moral del enemigo llevando a cabo frecuentes "razzias" contra sus planetas.

El mismo da que Miguel ngel Aznar pronunci estas palabras, recibi el golpe ms rudo de su existencia. Al salir de la reunin de jefes de Estado Mayor, Amadeo Quesada le llam aparte y le dijo:

-Almirante, no s si se trata de una broma o va en serio, pero creo que debe saberlo usted de todas maneras.

-Qu ocurre, Amadeo? -pregunt Miguel ngel alarmado.

-Una de nuestras patrullas siderales, captur a un acorazado nahumita que volaba completamente solo en direccin a "Valera".

-Y bien? -interrog Miguel ngel sintiendo que el corazn le lata apresuradamente.

-La radio del acorazado no hacia ms que repetir este mensaje: "Soy el "Superalmirante" Aznar. No disparen. Soy el "Superalmirante Aznar" y as una vez y otra. Nuestros muchachos, por si era verdad, capturaron al navo en vez de destruirlo.

-Pero mi padre?

-Ah es donde empieza lo que no s si calificar de trgico o burlesco, Almirante -murmur Quesada mirando al suelo -. En vista que los del acorazado no daban seales de vida, nuestros muchachos se trasladaron a bordo. Y all encontraron

-Cielos! Hable usted de una vez! -Grit el Almirante Mayor cogiendo a Quesada por el pecho y sacudindole con brusquedad -. Encontraron a mi padre si o no?

-No lo s, Almirante -contest Quesada mirando al terrcola con ojos empaados -. Lo que nuestros muchachos encontraron, fue un gorila encerrado en una jaula. La jaula tenia un gran cartel donde pona: "Yo soy el "Superalmirante" Aznar".

El Almirante Mayor se asi al robusto brazo de Amadeo Quesada, el cual le llev hasta una butaca. All, Miguel ngel levant su demudada faz hasta la contrita de su ayudante.

-No es posible! -exclam con un hilo de voz -. No es concebible tamaa monstruosidad! Ese gorila no puede ser mi padre! No puede serlo!

Amadeo Quesada no contest.

-Dnde est ahora el acorazado nahumita? -le pregunt Miguel ngel.

-Est en camino hacia aqu. Llegar aproximadamente dentro de cinco horas.

-Cinco horas! No podran traerlo ms aprisa? Bien, no importa. Esperaremos. Pero no diga usted una palabra de esto a nadie. Ha comprendido? A nadie! Y luego, cuando llegue No traigan a ese gorila aqu. Llvenlo a algn sitio apartado y solitario por ejemplo, la casita de la seorita Polaris. Usted sabe dnde est.

Quesada que haba acompaado un par de veces al Almirante Mayor hasta el apartado refugio de Irene Polaris, asinti en silencio. Esper un poco ms hasta que Miguel ngel pareci tranquilizarse algo, y luego le dej solo para ir a asegurarse que la asombrosa noticia no trascenderla de los pocos hombres que la conocan.

Mientras tanto, encerrado en su despacho, Miguel ngel Aznar se debata entre la duda, la esperanza y la desesperacin. Su cerebro trabajaba tan aprisa que le pareci que las manecillas del reloj se haban paradas.

Naturalmente, comprenda perfectamente lo que el cartel de la jaula del gorila cautivo quera decir. Pero se negaba a admitirlo. mbar de Nahum no pudo llegar hasta la crueldad inaudita de coger su propio padre, arrancarle el cerebro del crneo y hacerlo poner en el crneo

previamente vaciado de un gorila. Aquello era demasiado monstruoso!

Se pregunt el joven si deberla comunicar aquello a la familia. Desde luego no poda decrselo a la abuela, ni a su madre ni a su hermana. Quiz debieran saberlo el general Balmer y su sobrino Miguel ngel Otero. Pero finalmente decidi no decir nada a nadie. Caba que todo fuera una broma de aquella diablica mbar de Nahum, y en este caso no haba necesidad de dar un disgusto a nadie. Ya bastaba con el suyo propio.

Despus de cavilar durante media hora, Miguel ngel decidi tomar una aerofala y volar hasta la casita de los Crpatos Valeranos. Necesitaba de alguien que le diera nimos y este alguien no poda ser ninguno de su propia familia.

Adems; tema que de continuar all todos acabaran por notarle en el rostro que algo grave le ocurra.

Llam a Quesada, al cual haba ascendido recientemente a vicealmirante.

-Cul es el cirujano ms eminente de "Valera"? -le pregunt.

Y su ayudante contest sin vacilar:

-El doctor Cano.

-Vaya a buscarlo personalmente en mi fala y trigalo. No es necesario que se apeen de la fala yo mismo subir a la azotea cuando usted me avise que han llegado.

El vicealmirante Quesada parti como una exhalacin. Media hora ms tarde llam por telfono desde la azotea:

-Almirante, ya estamos aqu.

-Voy en seguida.

El Almirante abandon su despacho y sin decir a nadie dnde iba subi a la azotea. Quesada le estaba esperando junto a la portezuela abierta del aparato. Le present brevemente al doctor Cano, el cual era un hombre alto y extremadamente delgado, bastante viejo a juzgar por sus cabellos grises y las arrugas que rodeaban sus inteligentes ojillos azules.

Mientras la fala se elevaba y volaba sobre Nuevo Madrid, pilotada por Quesada, Miguel ngel explic al doctor Cano lo ocurrido y acab preguntndole:

-Es posible meter el cerebro - de un ser humano en el crneo de un gorila?

-Desde luego, es posible -contest el cirujano -. Lo difcil, en una operacin de esa clase, es conseguir la perfecta coordinacin de los nervios del animal con los del cerebro humano trasplantado a l. La capacidad craneana de un gorila no es la misma que la de un hombre, y su configuracin tambin difiere bastante. En fin: el trasplante de un cerebro humano al crneo de un gorila puede ser interesante como experimento. En la prctica, un cerebro humano no puede vivir ms de

unas horas, o unos pocos das a lo sumo, dentro del crneo de un gorila.

-Suponiendo que el cerebro de mi padre hubiera sido llevado al crneo de ese gorila podra usted sacarlo de all y ponerle a salvo en l cuerpo de un ser humano?

-No puedo responder a esa pregunta sin ver el estado en que se encuentra el cerebro de su padre, Excelencia. Pero an suponiendo que estuviramos a tiempo de intervenir olvida usted que la manipulacin de cerebros humanos vivos est severamente sancionada por nuestras leyes?

Miguel ngel que no haba pensado en esto al llamar al doctor Cano, se mes los cabellos desesperadamente.

-Quiz podamos conseguir un permiso especial -murmur, casi solloz -. Un caso como ste no se ha dado probablemente jams en el mundo. No s no s qu decirle estoy como loco!

El cirujano trat de animarle.

-Quiz -dijo -resultara todo una malvada broma.

-Ojal lo fuera! -exclam Miguel ngel con un nudo de asfixia en la garganta.

La aerofala vol rpidamente la distancia que separaba a Nuevo Madrid de los montes Crpatos y aterriz en el jardn de la casita donde Irene Polaris habitaba. Ella, habiendo reconocido el aparato, sali de la casa.

La expresin radiante de su rostro cambi al ver la palidez del de su novio. Miguel ngel se lo cont todo rpida e incoherentemente.

Entraron en la casa. All, mientras hablaban Miguel ngel no cesaba de lanzar nerviosas e impacientes miradas al reloj. A ratos se pona en pie, paseaba furiosamente, volva a sentarse

Jams vivi horas tan largas como aquellas. Finalmente, un punto brillante apareci en el cielo y se fue acercando. Era una aerofala de las empleadas corrientemente en los acorazados nahumitas. El aparato aterriz en la parte posterior de la casa. Un oficial de la armada terrcola salt a tierra y salud.

-Lo han trado? -pregunt el Almirante Mayor.

El oficial seal al peludo corpachn de un gorila que estaba siendo sacado del aparato por tres astronautas. El animal llevaba las manos atadas a la espalda. Se mova pesadamente torpemente.

Al poner su planta en tierra, el animal levant su horrible cara y clav sus menudos ojillos en la cara de Miguel ngel Aznar. El joven sinti erizrsele la piel. Aquella mirada casi humana

El gorila gru. No era un gruido corriente, sino ms bien un lastimero quejido. De pronto cerr los ojos y se derrumb pesadamente en el suelo. El doctor Cano se inclin sobre l. Ahora poda apreciarse en la cabeza del gorila una, porcin circular del crneo donde el pelo corto pareca haber sido afeitado en fecha bastante reciente.

El doctor examin los costurones que circundaban aquel casquete pelado y levant sus ojos. Su mirada expresaba a la vez asombro y horror.

-A este mono le han abierto el crneo no hace mucho -asegur.

-Es l! Dios bendito! -murmur Miguel ngel sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor.

-No se precipite, Excelencia -dijo el cirujano -. Estas cicatrices pueden formar parte del engao.

-No hay tal engao -asegur Miguel ngel con los ojos arrasados en lgrimas -. Ahora SE que dentro de esa horrible cabeza est el cerebro de mi padre. Me ha reconocido. Sus ojos han expresado parte del dolor que le atormenta y se ha desmayado. Ha visto usted desmayarse alguna vez a un gorila?

-Miguel ngel, por favor -musit Irene cerca de su novio -. Sernate. Si el cerebro de tu padre vive dentro de ese crneo l mismo nos lo dir. Le salvaremos, tenlo por seguro.

El Almirante Mayor se dej llevar hasta la casa. Mientras tanto, los hombres reunan sus fuerzas para arrastrar al desvanecido gorila hasta la casita. Lo echaron sobre un divn. El doctor Cano le auscult el corazn. Sac una jeringuilla de su bolsa de instrumentos y le administr una inyeccin. Poco despus, el animal movi los prpados y abri los ojos.

Su mirada, una mirada turbia, recorri el crculo de rostros que se inclinaban sobre l. Sus ojillos fueron a detenerse en la faz de Miguel ngel Aznar. Este profiri un grito y arrojndose sobre el gorila se abraz a su cuello preguntndole entre sollozos si realmente era su padre.

El animal le puso una de sus manzanas en el pecho y lo apart con vigor. Le mir a la cara y profiri un gruido.

-Dios mo, si pudiera hablar! -exclam Miguel ngel.

-Denle un papel y lpiz -propuso un astronauta -. Si realmente es inteligente escribir!

La proposicin fue unnimemente aceptada. Mientras Irene corra en busca de papel y lpiz, los astronautas cortaron la cuerda que maniataba al gorila. Le ayudaron a incorporarse y, finalmente, le pusieron sobre las rodillas un cartapacio con un papel. Irene le coloc el lapicero entre los dedos

En mitad de un silencio expectante, el animal clav una larga y penetrante mirada en Miguel ngel. Luego se inclin sobre el papel y escribi lentamente con grandes y rudos caracteres: "MIGUEL NGEL".

-Padre! -exclam el joven abrazndose al cuello del gorila. Y aadi: -No poda creerlo! Fue ella quien te puso as? Fue tu hija mbar? Te salvaremos te sacaremos de esa msera crcel donde te han metido Padre!

El gorila que daba muestras de una creciente pesadez le apart con rudo ademn. Luego, penosamente, escribi en el papel: "No oigo. Estoy

completamente sordo".

Miguel ngel tom el cartapacio y escribi en una nueva hoja de papel algo parecido a lo que haba preguntado de viva voz. Luego tendi papel y lpiz para que el animal escribiera: "QUE IMPORTA? NO QUIERO QUE HAGAS NADA. MI HORA HA LLEGADO".

Miguel ngel volvi a escribir. El animal, haciendo un visible esfuerzo, escribi a su vez: "ES TARDE EL DESEO DE VERTE ME DIO FUERZAS PARA VIVIR. MIGUEL NGEL, QUE TU MADRE NO SEPA JAMS LO OCURRIDO. NUNCA, NUN"

El lpiz se desliz de los dedos del gorila y cay al suelo. Las ltimas palabras eran difcilmente legibles sobre el papel. La negra cabezota del gorila cay hacia atrs apoyndose en el brazo del divn. Sus anchas narizotas aspiraban ansiosamente el aire.

Miguel ngel, arrodillado en el piso, llor cogido a la ruda manaza del gorila mientras el doctor Cano lo auscultaba. El doctor se puso en pie y movi la cabeza de un lado a otro. Miguel ngel sinti que la mano spera del animal le apretaba la suya. Un momento ms tarde volvi a apretrsela. Pareca como si a travs de la piel de su mano el ser que agonizaba dentro de otro ser extrao quisiera comunicarle al hijo sus ltimos pensamientos.

Y el hijo lloraba. Lloraba ahogado en una rabia sorda, impotente, sintiendo la misma angustia del moribundo que no poda verle, ni orle, ni siquiera hablarle. Y mientras lloraba, sintiendo los cada vez ms dbiles apretones de mano del gorila, Miguel ngel rumiaba en voz baja las ms horrendas calamidades para el pueblo nahumita en general, y en particular, para la malvada criatura que no satisfecha con dar muerte lenta a su padre, se mofaba de l remitiendo el cerebro donde tan grandiosos pensamientos germinaron a la cabeza de un torpe, ridculo y estpido animal.

El gorila llevaba varios minutos muerto cuando el doctor Cano toc ligeramente en el hombro a Miguel ngel Aznar. El joven se puso lentamente en pie, sali de la casa y fue a detenerse ante el parapeto de la terraza que se asomaba a la grandiosa perspectiva de las montaas y los bosques valeranos. All permaneci un largo rato, con la mirada perdida en la distancia, hasta que una mano fina y tibia cogi la suya y se la oprimi suavemente.

Miguel ngel Aznar se volvi a mirar a Irene Polaris, que estaba junto a l con sus bellos ojos arrasados en lgrimas.

-Prepara tus cosas mientras enterramos al gorila, Irene. Voy a llevarte conmigo.

-A dnde?

-Nos casaremos maana.

-Por qu tanta precipitacin? Yo cre que queras esperar hasta que el Imperio de Nahum estuviera vencido.

-El Imperio de Nahum estar vencido dentro de cuatro meses inapelable y completamente vencido. Lo he jurado por la memoria de mi padre.

La boda se celebr al da siguiente, sin estruendos, en una sencilla ceremonia a la que slo asistieron los familiares y los ntimos de la pareja.

Aquel mismo da se inici una nueva fase de la guerra; Las divisiones ligeras, de all en adelante, ya no limitaron su campo de operaciones al espacio. Ahora hostigaban a los planetas nahumitas.

Audaces, veloces y mortferas, las escuadrillas de aparatos "Omega" volaban como relmpagos por encima de la estratosfera clavando sus dardos luminosos en las defensas antiareas de las ciudades, los acorazados siderales refugiados en sus Bases, las fbricas y los arsenales del Ejrcito y la Armada Imperial.

Las defensas antiareas nahumitas, concebidas para rechazar un ataque de bombas dirigidas, resultaban impotentes contra estos malignos rayos que llovan del cielo y lo atravesaban todo.

-Ni siquiera en sus ciudades -refugio, a gran profundidad bajo tierra y teniendo una slida cobertura de "dedona" y hormign por encima, podan sentirse seguros los nahumitas.

Los buques de la orgullosa Armada Imperial, que se haban negado a combatir en el espacio, eran destruidos en tierra firme. Los bien repletos arsenales del Imperio saltaban con fuerza apocalptica uno tras otro arrasando extensas reas que quedaban contaminadas de mortal radioactividad. El Imperio entero temblaba de terror bajo aquellos rayos misteriosos contra los que no exista defensa posible

Los valeranos, a estas alturas, estaban seguros de ganarle la guerra al Imperio de Nahum. Saban que la victoria seria suya. Cada da sallan de sus fbricas nuevos contingentes de aparatos "Omega", mayor nmero de cruceros, hileras interminables de proyectores de "luz slida" La victoria era ya slo cuestin de tiempo y de cifras de produccin. El Imperio se caa a pedazos bajo los ataques incansables y cada vez ms violentos de la Armada Sideral Expedicionaria.

Tres meses ms tarde, el ejrcito de invasin se pona en marcha hacia los planetas nahumitas. Y con un techo de blandientes rayos luminosos, el Ejrcito desembarc. Millones de mquinas "robot" se lanzaron a travs de las campias nahumitas asolndolo todo a su paso como un gigantesco rodillo.

La resistencia nahumita no existi prcticamente. Los nahumitas, acurrucados en sus refugios subterrneos, temblaban como azogados confiando en la misericordia de los cristianos terrcolas. No queran luchar. No queran morir. La vida era para ellos demasiado preciosa para arriesgarla, ni siquiera luchando por defenderla. Adems; saban que los cristianos no les mataran si no ofrecan resistencia. No eran

capaces de hacerlo lo decan sus libros y los escasos misioneros que, perseguidos y escarnecidos por todos, todava seguan existiendo en Nahum como reminiscencia de las pesadas victorias del terrestre sobre el Imperio.

Al mes de haberse iniciado los desembarcos, todos los planetas nahumitas haban rendido las armas. Y aquel mismo da, ante un piquete de ejecucin, la Emperatriz de Nahum sollozaba y se arrastraba a los pies de los soldados terrcolas suplicndoles piedad en nombre de su clemente Jesucristo.

Fue preciso dominarla a viva fuerza y amarrarla a un poste para que los soldados pudieran disparar sobre ella.

F I N.